REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIV — San José, Costa Rica — 1948 — Martes 10 de Agosto — No. 5

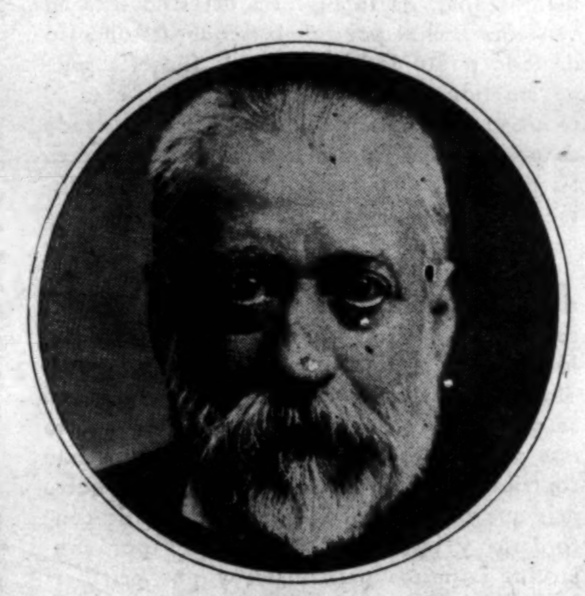
Año XXVIII — No. 1056

ANTE TODO, SOBRE TODO, LIBERTAD DE OPINIÓN

Réplica de Menéndez y Pelayo al padre Fonseca

(En el *Rep. Amer.* Algunas semanas antes de irse, nuestro Roberto Brenes Mesén nos pidió que reprodujéramos esta lección)

(Fragmentos tomados de la preciosa Antología del Pensamiento de la Lengua Española en la Edad Moderna. *La introducción y selección de autores y textos se deben al Dr. José Gaos. En la Colección LABERINTO de la Editorial SENECA. Lean, jóvenes universitarios, lean este libro; la historia de nuestra cultura no comienza en 1935. Y no olvidarse del fundamental siglo* XIX *en lengua castellana de España y de América).*



Marcelino Menéndez y Pelayo

...siguiendo las tradiciones de noble independencia de la filosofía cristiana de otras edades, me atrevo a disentir del tomismo rígido (o de lo que dicen algunos de sus intérpretes ser doctrina tomista) en algunos puntos más o menos esenciales, a la manera que en otros muchos y más importantes difieren el sutil Escoto y todos los filósofos de la Orden de San Francisco, para no buscar ejemplo más cercano en nuestros escolásticos jesuitas del siglo XVI, que con ser tomistas y venerar sobre toda filosofía la del Santo de Aquino, se permitieron apartarse, no tanto de ella como del universal sentir de sus comentadores dominicos, en puntos de tanta trascendencia como la distinción o no distinción ontológica de la esencia y la existencia; el conocimiento intelectual de los singulares, y otros muchos, así de metafísica como de ideología, sin contar con las cuestiones de la gracia y del libre arbitrio.

La libertad, pues, que reivindico yo es la que ha reinado siempre en las escuelas cristianas, la que la Iglesia ha autorizado en todos los siglos, la que permitió a Escoto contradecir a Santo Tomás en materia de tanta trascendencia metafísica como el principio de individuación. Y busco este ejemplo porque basta él solo para probar que dentro de la Iglesia católica viven, y no aislados y oscuramente, sino patrocinados por una Orden religiosa, tan antigua y benemérita de la Iglesia como cualquier otra, sistemas filosóficos que difieren hondamente del de Santo Tomás y que en algunas cosas le son opuestos. Y la prueba de que ni el texto ni la mente de la Encíclica *Aeterni Patris* son óbice para esto nos la da el hecho de no existir ninguna declaración pontificia que directa o indirectamente vede la enseñanza de la filosofía escotista, que, según entiendo, sigue dándose como siempre en los conventos de la Orden del Seráfico Patriarca.

Maltrata, pues, las glorias de la filosofía cristiana el que por encumbrar a un solo doctor, inmola sin piedad en sus aras a todos los restantes, queriendo establecer hoy mucho más dura tiranía intelectual que en aquellos tiempos de luz y de vida para la escolástica en que resplandecían los Toledos, los Vázquez, los Suárez y los Rodrigos de Arriaga. Yo bien sé que estos grandes escolásticos y todos los padres de la Compañía eran y son tomistas, y de ello se glorian; pero ¿de qué manera lo son? ¿Aceptaría el padre Fonseca todas sus opiniones e interpretaciones...?

Y aquí cumple declarar que, con esta independencia mía en lo opinable, soy en el fondo mucho más fiel al espíritu de la escolástica que el padre Fonseca y los que con él piensan, y asimismo mucho más español que ellos;

porque precisamente debe la escolástica su grandeza, no a la repetición mecánica y servil de una doctrina y de un texto, sino al espíritu de libre indagación, bajo el magisterio de la fe, que la caracterizó siempre; y a ese mismo espíritu independiente y expansivo debió España el tener filosofía, cuando la tuvo y, al revés, apenas huyeron de la escolástica y huyeron de la ciencia española ese espíritu razonador y progresivo, una y otra se secaron y muieron hasta llegar al mísero estado en que hoy las vemos.

Ni sirve citar a todo propósito la Encíclica, pretendiendo cerrarnos la boca con ella, y dando a entender al vulgo ignorante que anda a dos pasos de la herejía el que se permita diferir de tal o cual opinión *peripatética* sobre este o el otro punto de cosmología o de ideología, sólo porque Santo Tomás adoptó esa opinión, como la adoptaban todos los escolásticos de su tiempo, y como la habían adoptado todos sus maestros. Porque, en primer lugar, aunque las palabras pontificias merecen siempre toda veneración y acatamiento, ya confiesa el padre Fonseca, y sabe todo teólogo y todo canonista, la diferencia que va de una Encíclica a una definición dogmática... En segundo lugar, se ha de advertir que la Encíclica no dice, como se pretende, que todo, hasta los más mínimos pormenores de la filosofía de Santo Tomás, deba defenderse ciega y servilmente, sino que dice percisamente lo contrario; a saber: que "si se halla algo en los doctores escolásticos (no exceptúa a ninguno) que no parezca compatible con los adelantos de la ciencia, o que por cualquier otro motivo no parezca razonable, de ninguna manera ha de seguirse". No tengo a la vista la Encíclica, y por eso no cito textualmente; pero recuerdo bien el sentido, y por esta vez puedo fiarme de la memoria.

Se me objeta también, y nada menos que dos veces, una en latín y otra en castellano (tan pobre idea tiene el padre Fonseca de mis humanidades), la proposición XXII del *Syllabus*, conforme a la cual, la obligación de los maestros y escritores católicos no se limita a las verdades de la fe y a lo que la Iglesia ha definido.

Claro que esta obligación se extiende también a todas las consecuencias y derivaciones lógicas y necesarias de la doctrina de la Iglesia; pero ¿qué tiene que ver la doctrina de la Iglesia con las opiniones ideológicas de un doctor particular, por grande que él sea, ni mucho menos con las interpretaciones que de ellas hacen algunos de sus discípulos? Si así fuera, no quedaría libertad de opinión en cosa alguna, y lo mejor sería dejar el entendimiento quieto y ponerse a tirar de un carro.

¡Buenos estaríamos si los librejos que se le antojase escribir a cualquier tomista de ínfimo orden hubieran de pasar por otros tantos Evangelios, quedando *ipso facto* excomulgado todo el que se permitiera dudar de que los principios de tal escritor, en materias de estas de tejas abajo, particulares, relativas, mundanas y opinables, tuvieran conexión ni aun remota remota con lo que la Iglesia enseña como necesario a nuestra salud y propone por norma de creencia o de gobierno y disciplina!

. . . .

Todo esto lo dice de buena fe, sin duda, el padre Fonseca, y con la misma buena fe le respondo yo, que por verdadero católico me tengo, y, con todo eso, no se me ha ocurrido nunca *reírme* de hombres tales como Hegel, Stuart Mill, Herbert Spencer, Bain, Tyndall y tantos otros. Lo que me ha ocurrido es dolerme de ver tan poderosos entendimientos y tanta suma de positiva cultura empleados en el mal. Si los católicos damos en *reírnos* de la ciencia de los im-

píos y no en refutarlos, los impíos se reirán de nosotros, y daremos tristísima idea de nuestro estado intelectual. ¡ya se ve!, es mucho más cómodo destrozarnos dentro de casa con las necias disputas de *catolicismo liberal* y otras análogas, que buscar a los adversarios en el terreno donde ellos están y aprender lo que ellos aprenden, ciencias naturales e históricas, filología, exégesis crítica, lenguas antiguas, historia de la filosofía, todos esos estudios aborrecidos de muerte por el padre Fonseca, que hoy viene clamando contra los helenistas y los hebraizantes, como clamaban los enemigos de Reuchlin, como clamaban los enemigos de Erasmo.

Afortunadamente, los siglos no pasan en balde, y si aquellos eruditos tuvieron que defenderse, yo no, porque sólo el intentarlo sería una ofensa al sentido común de la humanidad, que ha adelantado mucho en esta parte. Yo no me avergüenzo de las pocas cosas que he llegado a saber; me avergüenzo, sí, de las muchas que ignoro; pero nunca se me ha ocurrido vengarme de esta ignorancia mía menospreciando el estudio y sudor ajenos, ni menos remediarla con la facilísima panacea de un libro o de un sistema, que, por modo *eminencial*, me lo dé resuelto todo y me excuse el trabajo de pensar y de investigar por mi cuenta.

Si para eso ha de servir en España la restauración escolástica, si ese sentido quiere dársele, contra lo que se entiende en todas partes, contra lo que en Roma pasa, contra las terminantes declaraciones de Su Santidad en la misma Encíclica, yo no puedo menos de declarar solemnemente que nada tengo que ver con semejantes restauradores, cuya obra sólo ha de servir para perpetuar en España el estado de desidia intelectual y de agitación estéril en que vivimos, y que nos hace literalmente el ludibrio y la ignominia de Europa. Quizá dé yo excesiva generalidad a las palabras del padre Fonseca; pero etiendo que en nuestro estado actual de cultura, toda insinuación alevosa del género de las suyas, contra tal o cual estudio real y positivo de los que no están sujetos a sistemas, contribuye a perpetuar el universal atraso y debe condenarse acerbamente, venga de donde venga. Y así, limitándonos al punto que nos ocupa, es cierto que las lenguas (antiguas o modernas) no son las ciencias, sino los instrumentos de ellas; pero también es cierto que las ciencias están en las lenguas, y que el que no sabe las segundas, se queda sin entender las primeras, por muy *eminencial* que sea su potencia. Y todo lo que en España tienda a retraer a los jóvenes de buscar la ciencia en sus fuentes, es consejo detestable. Para la filosofía de Santo Tomás, la fuente es Santo Tomás; pero para la filosofía de Aristóteles, la fuente no es Santo Tomás, sino Aristóteles. Y el imaginarse y decir que después de Becker, después de Brandis, después de Trendelemburg, después de Grote, Aristóteles no dice hoy lo mismo que decía a los hombres del siglo XIII, es una blasfemia científica de tal género, que cae fuera de los límites de toda razonable discusión. Precisamente el texto griego de Aristóteles es de los más oscuros que pueden darse, y nunca se harta uno de comparar distintas ediciones y comentarios para llegar a entender algo. Ocho o diez textos de la *Poética* y otros tantos epítomes he tenido a la vista para un trabajillo que estoy haciendo, y todavía encuentro muchísimas obscuridades. ¡Y eso que se trata del libro menos difícil de los de la enciclopedia aristotélica, por la materia y por el estilo!

Y no se entienda por esto que menospreciamos los trabajos de Guillermo de Moerbeka y otros rarísimos helenistas de la Edad Media. Sus trabajos, tales como son, tuvieron gran importancia en su tiempo, sirvieron al adelanto de los estudios y representaban, siquiera por ser directos, un progreso sobre las versiones derivadas del árabe. Pero sea cual fuere el mérito relativo de estos loables esfuerzos, ¿a quién se le ha de ocurrir hoy tomar luz para la inteligencia del Estagirita en versiones hechas por hombres que desconocían de todo punto la historia de la filosofía griega anterior a Aristóteles y que sustituían el tecnicismo filosófico del original, tan erizado de obscuridades, con el tecnicismo corriente en las escuelas de su tiempo? ¿Basta, por ventura, saber alemán, para traducir a Hegel?

. . . .

...quien pósea el verdadero criterio histórico, podrá entusiasmarse con sistemas distintos del suyo, y no los traerá para acomodarlos a sus ideas, sino que los pondrá en el medio en que se desarrollaron y comprenderá su razón de ser en el mundo, y de qué manera esas mismas intolerancias y exclusivismos han contribuído al progreso de la ciencia quizá más que otros sistemas que, a fuerza de concordarlo y resolverlo todo, acaban por anular los impulsos particulares y por petrificar la ciencia en una fórmula.

Y así, sin ser groseramente empírico, se puede admirar todavía más por sus resultados que por sus leyes, el titánico vencimiento de la materia al golpe de la inducción baconiana, de la cual está saturado hasta el ambiente mismo que respiramos. Y se puede admirar, sin ser psicologista fanático, esa tendencia analizadora y paciente que, lejana de ociosas disputas, ha ido escudriñando el mundo de los misterios interiores e iluminando con esta luz toda la literatura moderna.

De ahí que yo, como historiador de la filosofía, sin necesidad de aplaudir las brutales invectivas de Bacon contra los peripatéticos, ni tener por de buena ley todos los golpes del hacha crítica de Luis Vives, ni rechazar la ontología al mundo de lo *incondicionado*, pueda comprender, y aun gustar de esas tendencias, y sin ser precisamente *filósofo del Renacimiento*, como me llama de un modo algo estrafalario el padre Fonseca, sino filósofo de mi tiempo, que busca en el Renacimiento y algo más allá su genealogía, pueda simpatizar más que con ningún otro período histórico, con aquel de inmarchita gloria en que el hombre, sintiendo extenderse ante sí los límites del mundo físico sintió la necesidad de extender asimismo los de su propia conciencia, y no se detuvo en la contemplación de la grandeza antigua sino que lanzó a granel nuevas ideas, para que los hombres de otros siglos las fecundásemos. Ahora, si abstractamente y como filósofo, sin consideración a lo particular y lo relativo, se me pregunta si esos métodos y tendencias constituyen toda la ciencia, responderé resueltamente que no; y así lo significan también las palabras de mis libros (que en tanta confusión han sumergido al padre Fonseca), porque mi pensamiento es que todas esas inducciones y psicologías, a las cuales ha de consentirse cierta libertad de acción para que produzcan cuanto racionalmente pueden producir, han de entrar en otra esfera científica superior, que el padre Fonseca puede llamar sin oposición mía *tomismo*, que otros llamarán de otro modo, y que yo llamo, con Leibniz, *philosophia perennis*, la cual no viene a ser otra cosa que ese tesoro común de verdades del orden natural adquiridas por la humanidad en tantos siglos como hace que viene filosofando.

Esta filosofía *perenne* es a modo de un grande y sereno océano, en el cual van entrando todos los riachuelos de las filosofías particulares, depurados en el color y en la calidad de sus aguas. Toda hipérbole, toda mezquindad de espíritu, toda interpretación no completa de la conciencia se diluye y se pierde en la congregación de tantas aguas, de las cuales beben copiosamente los espíritus sintéticos y organizadores, v. gr., Aristóteles, Santo Tomás...

DEBERES DEL INTELECTUAL MEXICANO CONTEMPORÁNEO

Por *Jesús SILVA HERZOG*

Conferencia dicha el 6 de octubre de 1947, en el Anfiteatro Bolívar de la Universidad Nacional Autónoma de México, en el ciclo de conferencias "A 100 años de la guerra de 1847", organizado por la Sociedad Mexicana de Estudios y Lecturas.

En este ciclo de conferencias a cien años de la guerra de 1847, se me ha pedido que dé mi parecer acerca de los deberes del intelectual mexicano contemporáneo. Pienso que sería empobrecer el tema si me limitara a fijar una postura en relación con los Estados Unidos; porque el intelectual tiene además de las obligaciones comunes a todos los hombres, deberes de mayor exigencia con él mismo, con su patria y con la humanidad.

Pero lo primero que se ocurre averiguar es lo que es un intelectual, puesto que se trata de un vocablo que hasta hace poco se usa con frecuencia.

Cabe decir que todo individuo dedicado preferentemente al cultivo de las ciencias, de la filosofía, de la historia y de las bellas artes debe catalogarse en el casillero de los intelectuales. El oficio de pensar, de investigar y de crear es preponderante en la vida del intelectual auténtico. Debe crear la obra de arte obdeciendo tan sólo a su propia inspiración, a su necesidad creadora, debe investigar y pensar sometido al anhelo apasionado de descubrir la verdad. Quienes se aparten de estas normas dejarán de ser verdaderos intelectuales, descendiendo a la categoría de artesanos de la ciencia o de abarroteros del arte. Y no es que yo crea en la ciencia por la ciencia y en el arte por el arte: son fórmulas caducas de una sociedad que ya pasó.

En lo que yo creo es en el arte y en la ciencia al servicio del hombre, o en otras palabras, al servicio y para el bien de la colectividad.

De lo anterior se induce que el primer deber del intelectual mexicano contemporáneo es ser honesto y sincero; es ser, permanentemente, rendido vasallo de la verdad; porque sólo con la verdad se sirve de verdad a la especie de que formamos parte, se sirve de verdad a la nación en cuyo territorio nacimos y que tenemos la obligación de cuidar y engrandecer.

Y que no se dejen seducir por las sirenas de eso que ya ha dado en llamarse la política realista: fórmula que estriba en nadar siempre con la corriente aun cuando se trate de aguas negras de vertedero, que implica negación de toda lucha en contra del mal y del uso de desinfectantes para purificar la atmósfera política; es la aceptación gozosa de las olas de cieno que se levantan del pantano. La política realista de los banqueros, industriales y comerciantes de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, y de los grandes estadistas de las dos primeras naciones, hicieron posible el fortalecimiento militar de Alemania, hicieron posible la última guerra; y en México, la política realista, ha producido confusión en las ideas, desengaño en los corazones y una tremenda corrupción moral.

(En *Cuadernos Americanos*. México, D. F. Noviembre-Diciembre de 1947).

Es cierto que el mundo sufre la más grave y profunda crisis de la historia y que el hombre ha perdido el rumbo y su centro de gravedad; pero el intelectual —y esa es precisamente su obligación— debe sugerir los medios para rebasar la crisis y crear nuevas fórmulas de convivencia humana. El intelectual debe ser guía y arquitecto de pueblos.

Los grandes pensadores, filósofos, científicos y artistas —los auténticos— son quienes han hecho posible el avance del hombre en el dramático y dilatado escenario de la historia.

Ahora bien, es conveniente ir poco a poco concretando el tema. Hay que ocuparse de los deberes del intelectual mexicano contemporáneo en relación con la patria. Para expresar mis puntos de vista voy a valerme de varios ejemplos, de modo inevitable tomados del campo de las disciplinas que atraen preferentemente mi atención.

Se sabe bien que ha sido y es preocupación del Estado fomentar la producción agrícola en el país. Los medios son apropiados: obras de riego, crédito agrícola, utilización de fertilizantes en los terrenos que lo han menester y empleo de maquinaria agrícola moderna. Todo esto es seguramente correcto; pero no se habla, o por lo menos no se habla bastante de los problemas de la venta y distribución de los productos. Hay una cadena de intermediarios que contribuye a elevar los precios de las mercancías y a mantener en la pobreza a cientos de miles de campesinos. El agricultor modesto, en ocasiones demasiado modesto, ejidatario o pequeño propietario, se ve casi siempre obligado a vender su cosecha al comerciante del pueblo; la vende, digamos a $ 1.00 el kilo; la vende así porque no puede obtener un precio más alto y sus necesidades son inaplazables. El comerciante del pueblo realiza el producto a $ 1.30, y los grandes almacenistas de la ciudad de México o de otras importantes ciudades que lo han comprado a un segundo comerciante, comisionista o coyote, que para el caso es lo mismo, a $ 1.60, lo revenden a los detallistas a $ 2.00, quienes a su vez tienen que obtener alguna ganancia. De manera que el público consumidor adquiere el artículo por el cual el campesino recibió $ 1.00 a $ 2.30 o a $ 2.50. Resultado: miseria endémica de los que labran la tierra, explotación de la mayoría del pueblo mexicano y constante enriquecimiento de una minoría parasitaria y codiciosa.

Y el deber del intelectual mexicano contemporáneo consiste en señalar tales problemas y proponer su atinada solución; porque mientras estas condiciones no se modifiquen, mientras no se cure esta llaga social no habrá en muchas zonas del territorio mexicano, agricultura próspera ni campesinos siquiera con un mediano pasar.

También preocupación del Estado ha sido la construcción de caminos para automóviles, lo que sin duda alguna ha resultado de enorme utilidad para la nación; mas en algunos casos, el criterio que ha servido de norma para elegir el trazado de la carretera ha sido ofrecer paisajes a los turistas que nos visitan. Buen negocio es vender clima benigno, panoramas de altas montañas, hondos barrancos y hermosos valles. Sin embargo, es mejor y más importante poner en contacto los pequeños centros de producción con los de consumo; es más importante y mejor elevar las condiciones económicas y culturales de numerosos núcleos de población, que viven hoy como vivieron hace cien o doscientos años. El primer camión que llega a un pueblo —decía Miguel Othón de Mendizábal— es el mejor maestro misionero. Necesitamos turistas porque el dinero que dejan es útil al desarrollo económico; mas tenemos todavía mayor necesidad de integrarnos como nación. De aquí que se opine que en lugar de subordinar el fomento de la producción y de la cultura al desarrollo del turismo, debemos hacer precisamente lo contrario.

La industrialización de México debe continuarse cada vez con mayor decisión. Es el único medio para incrementar la capitalización interna y elevar el nivel de vida de millares de habitantes. Por supuesto que hay que preguntarse si debemos industrializarnos sin importarnos el precio, subordinando a ese fin cualquier otro propósito. A mi parecer no hay que escatimar esfuerzos para lograr que en las nuevas industrias las inversiones sean de capital nacional; y si esto no fuese posible, establecer como principio indeclinable la tesis del predominio del capital mexicano en cada una de las unidades económicas nuevas, de conformidad con la ley relativa y las aspiraciones nacionales.

La industrialización le tiene que costar al pueblo mexicano, como le costó al de los Estados Unidos. A principios del siglo pasado los productos ingleses eran mejores y más baratos que los norteamericanos.

No obstante, los Estados Unidos elevaron las tarifas de importación en 1826 y estuvieron resueltos a ir a una nueva guerra con Inglaterra antes que reducirlas. Ahora la nación vecina es la más grande potencia industrial. De todo esto se desprende una lección: debemos proteger nuestras industrias por medio de aranceles bien estudiados y a la vez oportunos. Parece que ciertos sectores industriales de los Estados Unidos se oponen a la industrialización de México y de los demás países de la América Hispánica. Por fortuna hay otros en los cuales se oyen las voces de hombres inteligentes y de clara visión del futuro. Ellos ven con interés y simpatía nuestro empeño para rebasar la etapa de países agrícolas y exportadores de materias primas. Es que saben bien que son mejores clientes los pueblos ricos que los pueblos pobres, y además mejores vecinos.

En materia de educación mucho se ha hecho tratándose de las escuelas rurales y primarias con la campaña de alfabetización, así como también en cuanto a la enseñanza técnica. Por supuesto que no ha faltado a menudo su pequeña dosis de escenografía para impresionar a la opinión pública, amplificando los esfuerzos y los resultados. De todos modos es justo reconocer que la tarea llevada a cabo es importante y merece encomios. No puede decirse lo mismo de la enseñanza superior: científica, universitaria, a la cual se le ha prestado escasa atención. El ideal de la educación popular estriba en preparar al hombre para la vida; mas el fin de la educación superior consiste en preparar la vida, y aun lo que no tiene vida, para el hombre.

Nuestros problemas de salubridad pública son pavorosos. La mayor parte de las poblaciones del país carecen de drenaje y agua potable, lo cual contribuye a un alto índice de mortalidad infantil y entre los adultos. No deben escatimarse los recursos de toda índole para surtir de agua potable a los centros poblados y para la construcción de drenajes de preferencia a las obras ornamentales que muchas veces obedecen en primer término a la satisfacción de la vanidad de ciertos gobernantes.

¿Qué menos pueden exigir los habitantes de México que beber agua limpia, sin gérmenes patógenos?

Señalar los errores con sinceridad y buena fe, hacer crítica constructiva y ponderada, son deberes del intelectual mexicano contemporáneo.

Este debe tener como móvil sustantivo de sus actos servir los intereses del pueblo, ponerse al servicio de la sociedad, trabajar para que la mayoría de los pobladores del territorio gocen de los mayores bienes y sufran el menor número posible de males, aquí, en la tierra.

Los problemas de la patria en relación con el mundo exterior presentan caracteres de gravedad. Hace unas cuantas semanas visité varias ciudades de la América Latina: Guatemala, Panamá, Lima, Santiago, Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro, Caracas y La Habana. En todas las poblaciones conversé con varios de los más destacados intelectuales En todos ellos advertí, desde luego, una honda inquietud por el porvenir de sus países y la idea de que las naciones de origen ibérico deben aproximarse. No es un anhelo romántico, sino nacido de la convicción de que nuestras repúblicas tienen en estos momentos análogos problemas que es urgente resolver, si queremos vaciarnos en nuestros propios moldes y cumplir nuestro destino.

¿A qué se debe la inquietud de los intelectuales latinoamericanos?

A mi parecer la respuesta es sencilla: antes de la última guerra todas estas naciones podían comprar y vender mercancías en Inglaterra, Alemania, Francia, Checoeslovaquia, Japón, Estados Unidos, Suecia, etc. Además era posible resolver problemas financieros, obtener préstamos y aceptar inversiones de negociantes de diferentes entidades políticas.

Merced a esta circunstancia, a la competencia o rivalidad de las grandes y medianas potencias, la América Latina podía defenderse, comprando, vendiendo y negociando donde más conviniera a sus intereses.

Ahora la situación ha cambiado radicalmente. Europa está descoyuntada por la guerra y Japón deshecho. A los países de nuestra América no les queda otro camino, no sabemos por cuánto tiempo, sino el de vender, comprar y negociar con los Estados Unidos, que es en estos momentos de profunda crisis humana, el país más fuerte y más rico del mundo.

Ello implica una mayor dependencia, positivamente peligrosa, porque no hay que olvidar que los principios de la nación vecina siempre se han basado en sus intereses económicos; es una nación de grandes banqueros, de grandes industriales, de grandes comerciantes.

Por otra parte, hay que reconocer que a causa del incremento del comercio exterior, del progreso de las comunicaciones y de la situación derivada de la última guerra, tiene que acentuarse, se está acentuando ya la interdependencia económica entre los pueblos; y no es posible soñar que siendo una realidad la interdependencia económica, pueda perdurar la plena independencia política. A la interdependencia económica corresponde necesariamente la otra interdependencia. Tales hechos deben reconocerse. Los mejores hombres de la América Latina deben actuar conjunta e intelectualmente para que estas interdependencias no degeneren en fórmulas de dependencia total y permanente.

En los Estados Unidos hay hombres liberales, generosos, de la más alta calidad moral e intelectual; pero hay también quienes piensan hoy lo mismo que en la época del otro Roosevelt. Y velar porque no se tuerza nuestra trayectoria de nación independiente y libre es deber indeclinable del intelectual mexicano contemporáneo.

Yo no quiero ser mal interpretado. En Rusia se ha llevado a cabo una experiencia económico-social sin precedente en la historia. Es incuestionable que el pueblo ruso ha mejorado sus condiciones de vida con el nuevo sistema, tanto en lo económico como en lo cultural.

Esto es verdad; pero concluir por ello que en México y en los demás países de la América Hispánica debamos copiar los métodos soviéticos, eso sería una insensatez y notoria equivocación. Hay entre México y la Unión Soviética diferencias geográficas, históricas y de psicología colectiva que precisa no olvidar; pero si bien es cierto que yo no quiero que imitemos a Rusia, tampoco quiero, y esto todavía con mayor energía, que México se transforme en una colonia.

¿Cuál es la situación del mundo en esta hora trágica de la historia del hombre, y cuáles son los deberes del intelectual mexicano contemporáneo en relación con los problemas internacionales?

Hay tres grandes potencias en la actualidad: el capitalismo norteamericano junto con el capitalismo inglés y otros capitalismos menores, el Vaticano y la Unión Soviética. Cada uno de estos tres enormes poderes tienen sus propios intereses y sus propias finalidades. Parece que el Vaticano ya se ha entendido o está a punto de entenderse con el capitalismo. En consecuencia, quedan dos poderes, dos enormes poderes, frente a frente.

No son pocos quienes consideran que la única solución es la guerra y que ésta se aproxima cada día. Hay otros, los amigos de la paz, que creen que es posible con buena voluntad y alteza de miras, tomando en cuenta supremos intereses humanos, encontrar fórmulas de coexistencia entre las potencias en pugna.

Hace precisamente un siglo que Marx y Engels redactaban su célebre *Manifiesto Comunista* El Manifiesto principia con estas palabras: "Un espectro se cierne sobre Europa: el espectro del comunismo". Y el espectro del comunismo hizo posible a Mussolini; el espectro del comunismo hizo posible a Hitler; el espectro del comunismo hizo posible a Franco; el espectro del comunismo hizo posible la última guerra; el espectro del comunismo puede hacer posible una nueva conflagración mundial. Cuando el hombre se mueve por la influencia de los espectros, cuando se halla poseído por los fantasmas, cuando esto ocurre, se pierde la serenidad, se actúa bajo la influencia del miedo, que es el peor de los consejeros.

Personas que hace poco llegaron de Europa me han informado que allá no se habla de una nueva guerra. Sus habitantes trabajan bajo el peso de su inmensa angustia por reconstruír sus naciones y sus hogares. En cambio, aquí en América, tal vez porque la presente generación o las presentes generaciones no han sabido, no han sentido realmente lo que es una guerra moderna; aquí en nuestro Continente se escribe y se habla todos los días de la guerra que trágica avanza para triturar a la especie humana. Hay quienes dicen que detrás de la propaganda bélica de la prensa se ocultan poderosos y subhumanos intereses financieros.

Cuando se recuerda que millones de hombres jóvenes o adultos quedaron tendidos para siempre sobre las campiñas desoladas, y los miles de mujeres y niños sepultados en sus hogares por las bombas asesinas; cuando se recuerda el horror de la tragedia dantesca apenas ayer vivida, y después de todo esto se nos asegura que es inevitable otra contienda armada, más terrible que las anteriores, se recibe la impresión de que los hombres se han vuelto locos y que el mundo es un inmenso y dramático manicomio.

A tal propósito recuerdo haber leído hace

muchos años, no sé en qué libro ni de qué autor, el siguiente relato:

En una lejana ciudad de Oriente, gobernada por un rey bondadoso y sus ministros, llegaba el agua potable, abundante y limpia por un acueducto ya secular. El agua brotaba de un manantial escondido entre las rocas de un monte vecino.

En la ciudad habitaba un brujo avaro y perverso. Una noche lluviosa se allegó al manantial y cegó los veneros ocultos.

Faltó el agua. Entonces el brujo perverso y avaro, que tenía influencia política porque gozaba de poder económico, aconsejó, y se le hizo caso, que se perforara un pozo en el lugar determinado que él señaló.

El agua brotó generosa y al brujo se le colmó de honores; pero aquellas aguas estaban malditas. Cada habitante de la ciudad que las bebía se volvía loco. Todos bebieron menos los ministros y el Rey.

Pasaron unos cuantos días... y como el pueblo advirtiera que el Rey y sus ministros hablaban y se conducían de manera distinta a ellos, comenzaron a murmurar que los ministros y el Rey estaban locos.

Hubo intentos de conjura. Al saberlo el Rey y sus ministros, temerosos de perder el poder, se resignaron a beber del agua del pozo de la locura. Grandes festejos en la ciudad porque los ministros y el Rey habían recuperado la razón.

Y el deber del intelectual es denunciar al brujo avaro y perverso y negarse a beber de las aguas malditas, aun cuando las beban todos los reyes y todos los ministros de la tierra.

La humanidad del presente puede representarse por un barco que navegara en alta mar sin timonel. Abajo, en las bodegas, hay una muchedumbre de hombres macilentos y llenos de zozobra porque ignoran su destino. En el palo más alto, como símbolo de esta civilización que a muchos ufana, hay un saco de oro y un barril de petróleo. En los salones elegantes están unos cuantos hombres vestidos de frac que juegan a las cartas, tal vez la vida de los que están abajo. Están sonrientes, alegres y confiados; están así porque afirman tener un secreto que les da un poder incontrastable. Dicen que pueden destruir a los demás hombres, que pueden perforar las montañas, que pueden lograr que un mar apacible se torne bravío.

Y la nave sigue en alta mar sin timonel, en un mar cada vez más agitado.

Y el deber del intelectual mexicano contemporáneo, del intelectual latinoamericano, del intelectual estadounidense, del intelectual europeo, de todos los intelectuales, estriba en adueñarse del timón para conducir el barco a puerto seguro, donde los hombres vivan con decencia, disfrutando de libertad —que es el mayor de los bienes— y bajo el imperio de la justicia en un horizonte ilimitado.

LA EPOPEYA DE BOLIVAR

(En el *Rep. Amer.*)

La Epopeya de Bolívar, de Edgardo Ubaldo Genta, es un poema grandioso. Si la gloria es, en sí misma, una apoteosis, este poema es la apoteosis de la gloria. Y a esta exaltación de la grandeza lleva a Edgardo Ubaldo Genta el afán de superación espiritual. El espíritu se supera en la consagración al ideal: al ideal de bien, al ideal de belleza, al ideal de justicia. Bolívar es arquetipo de ese triple ideal. Y Genta, crecido a homérida insigne, erige a Bolívar un monumento único, nunca visto en América. El monumento erigido por el noble poeta uruguayo es nada menos que una Epopeya. No existe en el léxico una palabra mayor que esa. "Epopeya" es la acción gloriosa de un pueblo bajo el numen inspirador del héroe. La acción se debe al héroe que moldea al pueblo como el escultor a la estatua. El héroe es el creador porque en él está la inspiración. El pueblo le obedece, le sigue, bajo la seducción del numen. A veces, como en este caso, el pueblo crucifica al héroe. Pero, en el Tramonto de la muerte, el héroe es más héroe que nunca porque entonces es la humanidad entera quien le consagra y le venera. Entonces surge el rapsoda, el homérida, el hombre predestinado, el sacerdote del culto del héroe. Genta es, respecto a Bolívar y América, ese hombre predestinado, ese sacerdote del culto épico.

Genta erige su estatua de Bolívar sobre el pedestal de la América libertada. Pero, como es preciso que el aeda dé objetividad al poema, para que sea lograda la maginificencia del mismo —y digno del héroe— Genta escoge, como plinto más adecuado, el Ande. Convoca Genta para este homenaje colosal a todos los elementos mayúsculos de América. Y si el Ande es el pedestal —como lo fué realmente en la vida del héroe— el sol es el signo bajo el cual se desenvuelve la Epopeya. Una altísima temperatura domina en todo el poema. La temperatura del heroísmo, intensificada por la luz y el fuego sidéreos que naturalmente coadyuvan al esplendor del poema.

¿Cómo hubiera podido Genta prescindir del sol? ¿No es América, por antonomasia, el país del sol? ¿No es el sol la inspiración máxima de América? ¿Y la tradición solar de América —evocada por el poeta— que hace de los americanos los hijos y adoradores del sol? De ahí que Genta erija al sol en el centro del poema como signo tutelar que fustigue, con su fulguración, los sueños de gloria del Libertador.

Edgardo Ubaldo Genta identifica a Bolívar con Prometeo, raptor del fuego. Así lo requería la proyección épica y esquiliana que Genta había de dar al poema. Sólo Genta ha sabido dar esa proyección magna al héroe de América. Sólo Genta ha sabido situar a Bolívar dentro del marco que le correspondía, ese marco hecho de Historia y de Arte que es la Epopeya. La Epopeya es el acaecer humano glorificado por el héroe y cantado después por el poeta, por el homérida. Es así que la poesía es el Verbo de la Gloria, como es el Verbo del amor y de la belleza. La poesía es un lenguaje que es más que humano. Por eso los hombres no hablan en poesía. La poesía corresponde al plano superior, sobrenatural, de la gloria, del heroísmo. Digo "sobrenatural" porque la gloria del héroe parece más que humana. (El héroe, como es sabido, representa en el poema épico lo sobrenatural o maravilloso). De aquí que Genta esté justificado en identificar a Bolívar con un dios.

Juzgarse puede así los quilates de la inspiración del poeta uruguayo. Genta es un poeta que se sale de la cuadrícula corriente. Genta es el poeta digno de su Epopeya y digno de su héroe. Corresponden a esa inspiración singular de Genta las dotes poéticas que le asisten. Genta es el poeta del verso egregio por la perfección y la magnificencia. Genta cincela la estrofa sobre mármol y oro, y la decora con un léxico de la más alta y exquisita estirpe clásica. Hasta el lenguaje de los aedas griegos y latinos concurre a la magna convocatoria conmemorativa del homérida de América.

En el poema de Genta está en cifra todo lo que puede contribuir a la grandeza y esplendor del asunto. Es obra de taracea de gemas de historia y arte en el mármol pentelico de su poesía. Aquella escena liminar en que comparecen nada menos que Chateaubriand y la baronesa de Stael sobre la tierra sagrada del Aventino, en Roma, es el pórtico elegante y espléndido en que se nos muestra por primera vez al joven héroe. Allí surge el sueño de gloria de Bolívar bajo el fulgor del sol de la tarde. Allí jura Bolívar, ante su preceptor, ser fiel a la gloria. Allí nace Prometeo. El Prometeo de América, destinado a ser transfigurado y aniquilado por el dolor, tras el miraje triunfal de la gloria.

Naturaleza, historia y destino: eso es el magno poema de Genta. La naturaleza es hermosura; la historia es tumulto; el destino es tragedia. Nuestro gran aeda ha juntado naturaleza, historia y destino para erigir su monumento a Bolívar. Luego, sobre el monumento, detiene para siempre, el sol de la Gloria.

Luis VILLARONGA.

San Juan, Puerto Rico.

PROSA Y VERSOS

de *Pedro ANDINO.*
(En el *Rep. Amer.*)

El reproche de Sancho

Tendido en el suelo, todavía sin fuerzas para levantarme, la carcajada estridente de Sancho me hizo levantar la cabeza. Cómodamente sentadas sobre el borrico, aquellas doscientas libras de mansedumbre y de conformidad me miraban con sus ojillos brillantes.

El estrépito de mi caída atrajo a los aldeanos, que formaron un grupo numeroso en la plaza del pueblo. Todos escuchaban sonrientes y complacidos el discurso del escudero. Hasta el borrico daba muestras de comprenderlo y aprobarlo. Sólo yo permanecía indiferente, abatido, no tanto por los golpes del molino como por las reflexiones, trágicamente reales, horriblemente lógicas de Sancho: me sentía aplastado por los sesos estomacales del orador victorioso. ¿Ante aquel auditorio y ante el mundo, de qué podrían servirme las palabras? No más ante mí podía justificarme. Y no habría, entonces, de intentar otra cosa: yo era una isla de insensatez en medio de aquel mar de realidades lógicas. ¿De qué valdrían, pues, mi lanza frágil y mi palabra absurda? Debía resignarme a la derrota.

Y las miradas burlonas de los mercachifles del pueblo caían sobre mis espaldas doloridas, como un látigo inclemente, como un azote de venganza.

En los bolsillos de los mercaderes se oían resonar, alegres campanas de victoria, las monedas rutilantes.

Anillos salpicados de pedrería finísima brillaban en las manos usureras con refulgente júbilo.

El cura del pueblo también estaba con ellos, con los brazos cruzados en actitud estática. Más parecía una mala escultura de piedra que un hombre: una estatua simbólica de la indiferencia y la frialdad o, mejor, de la antítesis de Cristo. Era un hombre pequeño y grasoso, de unos ojos bovinos que parecían inofensivos. Una flamante cruz, pendiente de una cadena de oro, evocaba con sarcasmo a aquella de tosco leño que sirviera de patíbulo en el Gólgota. En las manos eclesiásticas también había anillos esplendentes. Ambas permanecían entrelazadas en un gesto de piedad teatral.

Sancho seguía repitiendo sus palabras y los aldeanos no se cansaban de aprobarlas con entusiasmo.

Cuando hubo una pausa hice un esfuerzo más por levantarme, lo que logré difícilmente. Sacudí de mi ajada indumentaria el polvo del camino y limpiando mis heridas me fuí hasta Rocinante que esperaba impaciente.

Y sin mirar siquiera a los aldeanos que presenciaban la escena boquiabiertos, solté las riendas del rocín que con presteza echóse a andar de nuevo.

En la plaza del pueblo los labriegos, atentos, seguían formando grupo alrededor del cura.

Pedro ANDINO.

Volcán, Osa, mayo de 1948.

COMO EL CAFETO

Sangre del cafetal. Sangre inocente
del cafeto senil y proletario.
(Las blancas estrellitas de su mayo
murieron en las manos de diciembre).

Y hasta esa sangre en forma de rosario,
la reclaman los labios exigentes
de gordos y aburridos millonarios
en la fría nación de los ingleses.

Yo también tuve estrellas. Y mi mayo
fué entusiasta y feliz: lleno de sol.
De alegres golondrinas campanario.

Después el viento cruel se desató
y mi sangre brotó como un rosario:
¡mis gritos se volvieron oración!

AMARILLO

(En la zona bananera).

En el viento amarillo, círculos amarillos
trizan los comprimidos voladores de fiebre.

Los charcos amarillos con larvas amarillas:
campos de aterrizaje en que asciende la muerte.

Porque en estos lugares la muerte sí está al día
y viaja en aeroplano con su inyección urgente.

Escruta piloteando zancudos amarillos
que hacen giros y giros en el aire caliente,
y baja cuando encuentra espaldas indefensas
dobladas por el peso de frutas relucientes.

Por las noches el míster fuma su vieja pipa,
leyendo las revistas con gesto indiferente.

Fuma y lee tranquilo míster White sus revistas
porque el cedazo cierra ventanas a la fiebre.

Y él sabe que no pueden los aeroplanos trágicos
llegar hasta su cuerpo de wisky y té caliente.

La peonada dormita sus sueños amarillos
y un olor amarillo del campamento asciende.

Zancudos en la noche. Un peón fatigado.
Y un telegrama que entra por los poros
[dolientes.

Luego aquel buen muchacho, cáscara triste
[y seca,
rodará al hospital: estación de la muerte.

Y un telegrama que entra por los poros
la última palabra de esta historia corriente.

FUGA

Las lluvias han violentado,
con sus alfileres finos,
a esta serpiente emplumada
de heliotropos fugitivos.
A detenerla se extienden
brazos verdes y fornidos.
Por el aire están bailando
los caballitos del frío.
Una piedra hace de Heráclito
con gesto contemplativo.
Agujerean el silencio
las trompetas de los grillos.
Temblorosos van quedando
los verdes brazos heridos:
las plumas de la serpiente
tienen acerado filo.
¡Que no intentes detenerla,
viejo monstruo pensativo!
¡Cómo llorarás mañana,
con los miembros desprendidos!
En vano sus voces mínimas
lanzan al viento los grillos:
la sierpe emplumada huye
para todos los destinos.

—

Su tinaja colorada
una indiecita ha traído,
para encerrar la serpiente
de heliotropos fugitivos.

RECUERDO

Y subió la marea. Las olas rojas
me arrastraban. Tu puerto me atraía.
Con violencia giró sus mariposas
en torbellino azul mi fantasía.

No puerto: acantilado que despojas
al breve caracol de su alegría
y al rechazarlo con crueldad lo arrojas
al mar, indiferente como el día.

Fué tu leve silencio de azucena
que encendió los fragores de mi hoguera,
rompiendo un eslabón de la cadena.

¡Y fué mi juventud una bandera
que agitó la ansiedad, mientras serena
peinabas tu invadida cabellera!

CASERIO

En el mar de la plaza las voces infantiles
naufragan sin cesar:
es como una barquilla de pronto desolada
la escuelita rural.

Un viejo regordete dormita en la taquilla,
y bajo el naranjal
la vieja mula estoica hace de monumento
a la conformidad.

Yo siento cómo el día se aleja lentamente
en el globo solar.
Y los charcos del pueblo se llena de luceros
y ranas de cristal.

Pedro ANDINO.

ABELARDO DÍAZ ALFARO
y la expresión puertorriqueña

Por Concha MELENDEZ

(En el *Rep. Amer.* Son reflexiones sobre *Terrazo*, San Juan de Puerto Rico, Imp. Venezuela, 1947)

1. Más que *terrazo*, el libro de Díaz Alfaro es friso animado en donde avanzan en fuerte relieve cuatro símbolos. Detrás siguen a manera de intermedio, cinco cuadros (el mismo autor los llama así), y cuatro retratos en que aparecen sucesivamente psicologías campesinas reveladoras de virtud, amargura y sed de justicia puertorriqueña.

2. *Los símbolos.* Trabados están los símbolos en la desarmonía social que apesadumbra nuestro tiempo. Su dramática belleza les asegura perdurabilidad aun cuando desaparezcan las circunstancias dolorosas que les dieron vigencia. Porque en estos símbolos, como en casi todo el libro, lo poético transforma la materia simbolizada reduciéndola a conmovedoras esencias. En su presentación se desenvuelven los cuentos del libro ya que los otros trabajos son, como se ha indicado, cuadros y retratos.

El primer cuento —*El josco*— ha sido justamente alabado por la crítica. Sólo después de haber viajado por la sierra peruana pude comprender la poética belleza con que hombres y animales se acercan en amorosa inteligencia en las novelas de Ciro Alegría. Ante la sorprendente manera con que "toro y hombre se funden en un mismo paisaje y en un mismo dolor" he pensado que una fina intuición artística asentada en infinita bondad, hacen en Díaz Alfaro las veces de la convivencia de hombres y bestias en las soledades andinas. *El josco* es la congoja del desplazamiento injusto que sólo encuentra salida en la muerte. La narración vigorosa, llena de movimiento y riqueza imaginística, pasará a ser un cuento antológico en nuestra literatura.

Si *El josco* es símbolo de sentido nacional, *Bagazo* es cifra de social desventura paradójicamente engendrada en la promesa dulce del cañaveral. El negro Domingo, inútil ya por viejo, es como la caña que dió su jugo convirtiéndose en inservible bagazo. Un paralelismo cabal dibuja los contornos de este cuento logrado con recursos de fina calidad artística. Prolongación del suceder al alma: El negro Domingo "muele en su alma caña amarga de recuerdos". Humanización del cañaveral con el sufrimiento del hombre: "Silba el cañaveral en flauta de guajanas su pena añeja". Y, de modo inverso, transfiguración del hombre en caña: "Se sintió caña que cercena el machete. Los pies se le adherían al rugoso camino".

Las máquinas moledoras se transforman en monstruos que levantan al aire los brazos mecánicos de sus grúas. Sobre la tragedia del hombre las guajanas silban brilladoras y sedosas, bajo el sol.

El Fruto y *El Boliche* nos llevan a la zona del tabacal postergada por la fascinación de la caña. Tierra, mujer y fruto, revelan a Tello, el timonero, su exacta correspondencia, mientras azuza los bueyes en la faena del arado. Bueyes humanizados aquí otra vez, de "ojos pardos en súplica". Para Díaz Alfaro, objetos, animales y hombres aparecen hundidos en una misma atmósfera de angustia: "El bohío entreabre el ojo oscuro en la faz amarillenta y triste"; dos bucayos se desangran; las hojas del tabacal son manos venosas extendidas "en súplica de lluvia"; los yugos crujen llorosos. Igual contorsión dolorosa atraviesa la narración *El Boliche*, otra vez símbolo bien hallado de la vida del tabacalero "que no llega a su *pie, medio* ni corona". Don Juancho, "viejo y rugoso como la tierra misma" representa toda una clase: la amarga desilusión de los cosecheros ante el fracaso y la ruina.

3. *Las estampas.* Los cuadros que Díaz Alfaro llama típicos continúan la presentación de "la humanidad doliente": negro o jíbaro que "gime penas de esclavo". *El cuento de Baquiné* concreta la equivalencia de trabajo realizado con esfuerzo doloroso por hombres y bueyes, explicadora del espacio y la atención conmovida que el autor da a estos últimos: "Bueyes y hombres uncidos al mismo yugo y a la misma mansedumbre".

El cuento de Baquiné se aleja de lo fantástico y mitológico con que se presentaron los temas negros en la post-guerra de hace veinte años. Díaz Alfaro ve los negros para describir "sus luchas y sus penas". Y otra vez resume la vida del negro en "trabajo y más trabajo, dolor y más dolor, "casco no má" como el resultado de los cogedores de jueyes. *El cuento del Baquiné* dramatiza episodios en la vida del negro: superstición, enfermedad, persecución, ciclones y muerte.

En estas estampas sobresale por su poética belleza *El Pitirre*, el *guatibirí* indio, en que Díaz Alfaro, como antes José de Diego, ve simbolizada el alma de Puerto Rico. Vencedor del guaraguao, superador del mozambique, el pitirre es "caballero de pico y pluma", estoico y resistente ante toda adversidad. Su gradual desaparición es para Díaz Alfaro un mal presagio. Como el *quetzal* de Guatemala, convertido en heráldico signo del escudo nacional, el pitirre puertorriqueño debería ser protegido oficialmente para evitar su extinción. Nuestro folklore más remoto desde la época de Agueybana lo incorporó en su leyenda. No dejemos desaparecer motivo de tan alta poesía histórica.

4. *Los retratos.* Don Fruto el vencido por la "vida a garrochazos", don Rafa, el de estoica dignidad dentro de su vivir de tabacalero empobrecido; don Goyito, el sediento de saber, son cada uno expresión de existencias campesinas. Vejez inepta para el trabajo de la Central, donde gastó antes su juventud, don Fruto es la miseria lamentable. Retirado a la paz del trabajo humilde, don Rafa es señor hospitalario, generoso, conservador de la honra verdadera y la cortesía aprendida en nuestra mejor tradición española. "Retazo de algo que se nos va de las manos", noble contraste de lo práctico de hoy, los don Rafas de nuestras vegas y montañas también deberían protegerse de una desaparición fatal, como el pitirre.

¿Y los don Goyitos? Estos son los más afortunados, porque su linaje tendrá algún día la satisfacción de su gran sed.

Mas Díaz Alfaro no está sólo afinado para ver lo patético y expresar la desventura injusta; en él hay también una ironía aguda, provocadora de sonrisas. Este matiz sazonador del estilo enmarca el retrato del maestro rural Peyo Mercé en sus tres historias. Veinte años trabajando en el barrio La Cuchilla, sin ascensos; visto con ojeriza por el supervisor por las verdades de a libra que envolvía en comentarios de risueña ironía, Peyo Mercé es el crítico de los equivocados trasplantes pedagógicos, de la importación de sistemas "cambiantes como las hojas del yagrumo". Sistema educativo inundado de papelería, de teóricas reformas que él socarronamente, subrayaba con aquello de "con la boca es el mamey". Desplante de incontenible ironía, causa de general hilaridad ante la conferencia del especialista en deportes; su lección de inglés, dada a contrapelo. su antipatía por todo lo artificioso e inadaptable, provoca conflictos llenos de comicidad, modo de la rebeldía a veces indignada, a veces dolorosa, de Peyo Mercé.

Estos retratos acusan en Díaz Alfaro rara habilidad en la creación de personajes que bien puede llevarle al más amplio horizonte de la novela. *Terrazo* indudablemente anuncia una obra de valores poéticos muy considerable y es noble ejemplo de la elevación de lo social al arte sin la insistencia en el vocabulario desagradable, ni en la propaganda y predicación de doctrinas que destruyen los altos propósitos de la moderna "literatura proletaria". Una reposada corriente evangélica fluye a través del libro desde su henchida fuente bíblica, luz del mundo, cristiana religiosidad, que hace de las faenas del trabajador social que es Díaz Alfaro, gozosa oportunidad de servir. Servicio transformado en arte, arte que es a su vez servicio a la validez de la literatura puertorriqueña.

LO ECOLÓGICO EN DALÍ

(En el *Rep. Amer.*)

Quién había de decirnos que, aquel mozalbete flacucho, estudiante de Bachillerato y alumno de los hermanos Maristas, díscolo y de difícil convicción, había de ser, con el tiempo, el Dalí de la escafandra, el del tintero sobre el madero en forma de cuerpo desnudo de mujer, el de la autobiografía, el de las lucubraciones eróticas, el de los desplantes incisivos, el de los revuelos de la Quinta Avenida, y el renuente a hablar el idioma de los que le cubren de dólares...

Pero, la vida no es como nos parece, sino como es. Y aquel mozalbete no era solamente un preartista revolucionario, era más que nada, un futuro gran psicólogo. El psicoanálisis de Freud, de Adler, de Jung y el de los contemporáneos eran sombras chinescas comparadas con el profundo conocimiento que del complejo humano tenía y sigue teniendo Dalí. De lejos y con anticipación supo conocer su futura clientela, y comprendió que toda ella estaba formada de unos pobres diablos con dinero y con ganas de admitir como óptimo lo que no pasa de ser discutible. Sabía lo del cuento de aquel otro catalán ilustre que se llamó Pedro Corominas, y que hace referencia a aquel estudiante malísimo que llegó, a costa de años y de fastidiar a los profesores, a licenciarse en medicina, y se fué a los Estados Unidos, en donde se instaló con todos los efectos para cazar incautos. Llegó a ser rico y considerado y, cuando el condiscípulo conspicuo, de paso en Nueva York, fué a visitarle y se extraño de aquel éxito, y le pidió la causa, el tunante lo sacó al balcón y mostrándole la aglomeración humana que ambulaba abajo, le dijo: "De ese conglomerado humano, ¿cuántos crees tú que son sensatos y cuántos estúpidos?" "Hombre, le replicó el médico serio y decente, tal vez el dos por ciento pueden ser los sensatos". "Bueno, pues ese porcentaje lo constituyen tus clientes, y el resto los míos..."

El mismo Dalí reconoce que el catalán es *un animal que s'enyora*. Y es que, el cielo, el ambiente, las piedras, los árboles, el mar, todo tiene en Cataluña un no sé qué que se graba en le meollo espiritual de uno y quieras no quieras, lo siente a faltar cuando está lejos de ello. No en vano José Pijoán sintióse conmovido ante las filigranas que procedentes de aquel enorme cenobio del siglo XI de San Pedro de Roda —algunos dicen que es el Montsalvat de Parsifal— se hallan bien guardadas en la capilla del palacio de los Rocaberti, en Perelada. El ambiente ampurdanés ha dominado en la producción daliniana. El ampurdanés, de ascendencia oriental, con rasgos bien manifiestos greco-romanos, no se aviene de ninguna manera a ciertos formalismos sociales que los más se empeñan en apellidar de "buena crianza". El ampurdanés pone ante tal o cual formalidad, la limpieza del corazón. Claridad y sinceridad, son las características del hombre del Alto Ampurdán. Hay quien dice que: "Tots els ampurdanesos tenen un perdigó a l'ala". Pero yo siempre he constatado que los que no son, lo tienen casi siempre en la cabeza. Dalí no puede sustraerse a las luces de nuestro Mediterráneo, al ocre de sus acantilados, al verde de aquellos pinos centenarios, al hablar rústico de sus hombres, al obrar recio de sus mujeres, y hasta a aquel "Tiva nol, tiva", que endilgamos a aquellos flemáticos que con mal escondidas intenciones, nos salen al paso con melifluas salutaciones... Es por esto que, ya a estas horas, debe estar, de nuevo, en Cadaqués, aquel lugar considerado por él, que tanto mundo conoce, como el mejor del mundo. (Algo por el estilo le pasaba al poeta Marquina que, de viaje en estas tierras, donde expiró, anhelaba aquellas mismas playas).



Foto reciente de *Salvador Dalí*.

Dalí, al principio, era un muchacho que prometía, pero no había tomado su orientación posterior. Con su compañero Reig, alumno mío, y hoy catedrático en el Instituto de Figueras, producían paralelamente, y ambos orientados por aquel excelente artista aguafuertista, profesor también del que esto escribe, don Juan Núñez. El orientóles; pero pronto había de haber discrepancia, pues como académico hecho en el clasicismo italiano, no podía aceptar ni ciertas manifestaciones de un expresionismo exagerado, ni las debidas a un estado anormal anímico. Reig siguió tal y como su maestro le indicaba; pero Dalí trazóse una trayectoria divergente. Pero es que el medio le impulsaba. Dalí es hijo de otro Dalí ilustre. Un patricio venerable, rector de notarios decentes, libre por sobre todas las cosas, que sabe espetarle al que lo fué, en tiempo de los tiempos de Primo de Rivera —me refiero al padre, no confundamos— el epíteto, en plena calle y rodeado de público de "pistolero". Epíteto que después su hijo ya en París, ya en Nueva York, ya en Los Angeles, repite, de diferentes modos, en catalán, en francés o en castellano —menos en inglés, que se empeña en no saber— y tan tajante o más como el de origen, verbi gracia: el que le suelta a Elsa Maxwell, la columnista del *New York Post* que en francés dice: "Ne vous approchez pas, Madame. Je vous detéste", y esto, cuando ella iba a saludarlo a la salida de la Opera. Y es que todos tienen un fondo de diafanidad, hasta aquel citado: "Tiva, nol, tiva". El Dalí hijo se crió en un ambiente de gusto y de rectitud. El padre, como decimos, era el "mirlo blanco" del notariado catalán. A él acudían los atribulados y, muchas veces la intención de un testamento era uno, bien distinto del que luego resultaba en vista de los consejos dados a "raja tabla" por el notario. En la tertulia del Esport de Figueras, era él quien manejaba la batuta, y siempre tenía una frase oportuna, valiente, cómica e incontestable. Hoy, ya no guarda los recortes de diarios que hablan de su hijo, porque no le cabrían en la pequeña casa que se arregló en Cadaqués, a donde se retiró, con su hija Ana María —alumna mía, otra mente soñadora, inquieta, libre de las trabas de la mojigatería del medio— a criar gallinas, conejos y abejas.

Recuerdo que, todavía jovencito, acababa de hacer el retrato de Ana María y el de su amigo Miravitlles, escribió una especie de poema al cemento armado, que es de suponer causaría sensación en el pueblo, pues nadie entendía una j, y todos lo tuvieron por chiflado. Después de los dieciséis años que faltó de él, me gustaría conocer la opinión de aquella gente, ahora.

A veces, hay que acometer con golpes de audacia, y él, conociendo el terreno que pisaba, lo hizo varias veces. El escándalo ayuda a hacerse conocer por el gran público, en sentido figurado, claro está.

Lo cierto es que, se halle en Nueva York, en París, en Pekín o en el Infierno, Dalí siempre tendrá en él, todo el conglomerado topográfico de su tierra y de sus hombres. Aquella costa que va de Port de la Selva —sitio predilecto del llorado Alejandro Plana y del epicúreo poeta José Mª de Segarra— a Calelia de Palafrugeller, es, yo creo, única en el mundo, y no es raro, pues, que la llevemos dentro y lejos de ella, al ver otras costas y otros mares, no captemos lo que está delante nuestro, sino lo que está lejos, muy lejos...

Lorenzo VIVES

San José, julio de 1948.

Una Imprenta para REPERTORIO

Este noble propósito del escritor venezolano Aquiles Certad, sigue su curso, en Costa Rica y en América.

Anotamos las últimas contribuciones:

El Prof. Daniel Wogan, de Tulane University, contribuye con ₡ 10.

Don Viriato Camacho contribuye con ₡ 6.

Venta de dos obras de Max Jiménez, ₡ 10.

Seguiremos anotando las nuevas contribuciones que nos lleguen.

El "picado"

Es un cuento de *Edwin MADRIGAL*.

(En el *Rep. Amer*. Las dos ilustraciones son del autor).

—¡Valientes hombres estos de mi tierra! Así exclamó con orgullo y dolor el viejo González la noche que le relataron la muerte de Daniel López.

Aquel día fué un día como muchos, y como pocos. Una semana hacía que los vientos habían reventado en todas direcciones y, retozones, furibundos, se revolcaban vertiginosamente por toda la montaña tumbando hojas y ramas secas y arrancando de las cuerdas de los árboles un bramido, melodioso a veces, atemorizador a ratos. La selva entera se desesperezaba. Algunos rayos del sol, furtivos y atrevidos, lograban atravesar la malla verde de los follajes y entonces la felpa húmeda y putrefacta del suelo se regaba de monedas de oro y sudaba expulsando un vaho indeciso, casi imperceptible, último vestigio del copioso invierno.

La "picada" de la Uvita, donde los "maniaderos" de las mulas comenzaban a borrarse, tenía grabada entre el barro una procesión de pies desnudos; pies anchos, vigorosos, llenos de comisuras. Eran los pies de Antonio López y de su hijo Daniel. Dejaron sus huellas metidas en el cieno después de la noche, más antes que el día, cuando el rocío cuajaba en todas las hojas.

Llegaron al abra junto con el sol, después de haber caminado durante cuatro horas inventando sombras con la linterna.

El abra que ellos mismos hicieron en el verano pasado.

El abra, que era como el pulmón de la montaña lúgubre, a través de la cual la selva entera vomitaba su melancolía, su lobreguez olorosa a musgo fresco y a madera descompuesta, y a través de la cual se tragaba el cielo azul y el mensaje de sal que traían los vientos de la costa.

El abra, en la que Daniel López había soñado clavar un rancho con sus veinte años lozanos y venirse a vivir con Estela el próximo año cuando economizara dinero y estuvieran casados.

"Chapiaban" los dos, padre e hijo. La maleza iba cediendo al golpe de los cuchillos ayudados por los garabatos. El cielo ardía cada vez más por sobre sus cabezas y la tierra se empapaba en sudor. Daniel hizo un rollo de matas para trozarlo por el cuello de la raíz cuando sintió un piquete en el tobillo, como dos alfilerazos. Se volvió violentamente y la pudo ver donde se deslizaba entre las piedras y la yerba destruida. Alzó su cuchillo y de primer tajo la alcanzó en la cabeza al mismo tiempo que exclamaba:



—Diabla, ¡picá más!

Se examinó la herida y gritó nervioso:

—Tataaaa...

Antonio corrió. El muchacho alzó la pierna y mostró la sangre mientras murmuraba, pálido y tembloroso:

—Una "tiznada"... Pero no es nada, tata. Me siento bien.

Antonio paseó su vista acongojada por la maleza en tanto empuñaba con rabia el mango de la herramienta.

—Ya no hay necesidá —dijo el muchacho— ya la maté.

—Es "tiznada" de las malas —añadió Antonio— y acabó de desmenuzar la serpiente. Luego se abalanzó sobre el hijo, lo ligó en la pantorrilla y le sajó la herida. La sangre corrió a borbotones.

—Vaya al rancho, tata, y hágame un remedio. Creo que onde los Jiménez hay cedrón y gavilana. Tatica Miguel sabe hacer unas meicinas güenas. Vaya ligero, ligerito y que Dios lo lleve con bien.

—Voy, hijo mío. Aguantá, no te quejés mucho. Estáte bien quieto, acostado, sin lagrimiar.

Cien pasos tan sólo había caminado Antonio al emprender la marcha de cuatro horas a través de la montaña cuando oyó de nuevo la voz de su hijo:

—Tataaaa... Tataaaa... ¡No, no se vaya! ¡No me abandone! No quiero morirme solo.

Daniel López estaba ahora revolcándose entre la yerba, tal como lo hiciera minutos antes la "terciopelo" al sentirse herida, vomitando sangre negra, bañado en sudor. Escarbaba la tierra con las uñas. ¿Era un muerto con deseos de vivir? Un muerto rebelde, colérico, peleando con el fantasma embozado de la parca, sin brazos, sin pies ni cabeza, pero aguda y dolorosa, sombría y desconcertante; fría, fría como una lápida, fría como el infinito.

—Me muero, me muero...

Antonio se le acercó y lo anegó con una mirada tierna y compasiva. Vió como su rostro se tornaba lívido, y cómo la piel, que el sol solía enrojecer, se pegaba pálida, casi blanca, a los huesos de la cara en donde una boca espumosa se retorcía y en donde unos ojos sanguíneos jugaban locos, desesperantes, como bolas de vidrio.

—Valiente, Daniel, hijo mío. Valiente...

—No, tata, yo me muero. No aguanto más...

Y comenzó a temblar y a deshacerse en sudor.

Antonio pudo apreciar la magnitud de la situación. Su hijo estaba gravísimo: inconocible, enjuto y casi inconsciente. ¿Qué hacer? ¿Abandonar la víctima para ir a buscar un remedio que estaba a cuatro horas de distancia? ¿Quedarse en el abra contemplando cómo la muerte le arrebataba poco a poco a su hijo querido?

—Me muero... Me muero...

—¡Valiente, hijo! ¡Sé fuerte!

—Oh, no; no aguanto más... Me muero —balbuceó Daniel, famélico y sudoroso.



Antonio sintió un profundo desconcierto y maldecía colérico su impotencia.

—Mama... —dijo el muchacho entrecomiéndose las palabras—. No le cuente nada. Dígale que me fuí; que me fuí a Dominical o a Puntarenas a trabajar... ¡Ay tata, la cabeza... me duele!

El rostro pálido se le fué tachonando de minúsculas gotitas de sangre. De pronto dejó escapar un chillido como cuando cruje el gozne de una puerta añosa y se revolcó entre la maleza destripando las yerbas arrancadas.

Fué entonces cuando Antonio experimentó un escalofrío que le subió como una explosión de hormigas de los pies a la cabeza. Los miembros se le desguindaron, descontrolados, y sintió que todo él se desplomaba como una masa informe, inservible e inútil. Vió que su cuerpo, con sus cuarenta años a la espalda, huía como un convicto y que los matorrales, los árboles y las rocas, convertidos en fantasmas, se le interponían en el camino gritándole: "¡cobarde!" Loco de terror se abalanzó contra la serpiente destrozada, le abrió la boca y le aplicó su brazo gritándole histérico al mismo tiempo que le apretaba los colmillos:

—Mátame a mí también.

Daniel se incorporó:

—Mama, mamacita...

Súbitamente el padre arrojó la "terciopelo" por el suelo y echó a correr dando grandes zancadas. La oscuridad de la selva lo fué decorando poco a poco mientras los jilgueros esparcían melodías metálicas, dulces, delicadas...

El calor ardiente tostaba las briznas sueltas y las hacía crujir y retorcerse. Las dos de la tarde serían cuando Daniel López, abandonado a la suerte de la montaña, panza al sol, experimentó una racha de sosiego y lucidez. Inmóvil, con los brazos desmesuradamente largos, paralelos al cuerpo rígido, dejaba escapar palabras y frases que, dichas al azar, se convertían de pronto en temas de minuciosos análisis y terribles suspicacias.

—Agrá... —dijo de súbito.

Fué un pasaje de su vida que pasó raudo por el cerebro y modeló en su boca aquella palabra húmeda: "agrá". Salió de cacería una preciosa mañana de domingo. Dos perros lo acompañaban. Había caminado largo rato por entre la penumbra deliciosa de la montaña. De pronto, los perros alzaron las caras prismáticas, inflaron sus narices y ladraron. Habían oteado en el aire el paso cercano de un venado. Daniel corrió tras la supuesta presa por un camino lleno de vericuetos, tejido por

los ladridos lánguidos de los canes de caza. En vano. Cansado y exhausto, ansioso de agua, se tiró boca arriba, sobre el musgo. Sus miradas alcanzaron un bejuco grueso que se desprendía del follaje espeso. "Agrá", se dijo ebrio de satisfacción. Cortó el bejuco con su cuchillo y se prendió del corte como un ternero de la ubre de la vaca. No hay agua más buena en toda la tierra. Ni los manantiales que surcan la montaña la llevan tan fresca.

Pero, él estaba tirado sobre la terrible sequedad del abra. ¿Por qué había traído aquel recuerdo? ¡Oh, el "agrá"! En la oscuridad de la selva, los bejucos del "agrá" se tienden como brazos caritativos ofreciendo su savia al insólito visitante que honra los agrestes parajes con su presencia. ¡Oh, el "agrá"...!

Daniel pasó la lengua por sus labios coronados de espuma diciendo entre dientes:

—Bejuco bueno del agrá: ¿por qué no te hacés largo, largo, hasta mi boca?

Pero trató de olvidar violentamente la bondad del "agrá". Entonces, en sus retinas irritadas se pintó la imagen de su novia. Su novia era como los tallos del "agrá"...

—Estela —mosticó su boca seca.

Y el nombre de Estela que inconscientemente había llevado a flor de labios, estalló como una granada de luces en su noche de dolor. Era casi una mozuela. Para los Reyes ajustó los dieciséis. Pero era buena, inteligente, hacendosa y lista como un venadillo. Recordaba la noche que la conoció. Fué para un año nuevo en casa de doña Cristina, cerca de Platanares. Muchas lunas debían haber transcurrido desde aquella ocasión porque para ese entonces él era un mozalbete metido a grande. Con los años los dos fueron creciendo y amándose. Hizo esfuerzos por reproducir en su maltrecho cerebro las escenas íntimas. Una tarde se la encontró sola por el sendero de "El Común". Conversaron esquivando las miradas y caminaron de la mano hasta un bosquecillo de robles. En la penumbra, fresca y olorosa, los dos se miraron profundamente. Sus almas adolescentes, tiernas y sanas, se asomaron por primera vez a la ventana de los ojos y se dijeron con acento delicado, imperceptible: "te amo. Nos amamos". Y los dos se ruborizaron. Y los dos temblaron nerviosos de alegría. El estiró los brazos y le estrechó la cintura. El contacto de la falda liviana y el calor de la carne joven y lozana lo hicieron sentir una sensación de placer que le subía como hormigas saladas por entre sus brazos fornidos y ásperos. La apretó contra su cuerpo temblando de emoción y palpó cómo el latido veloz de su corazón hacía saltar los senos duros, tibios y sensuales de Estela. Trató de besarla; pero ella, encendida de vergüenza, logró libertarse y escó en carrera. Cuando llegó a su casa una profunda alegría la embargaba. Por la noche, cuando las luciérnagas encendieron sus farolas, lloró inconsolable entre las cobijas.

—¡Cómo la quiero, Dios mío! —dijo Daniel haciendo un esfuerzo por sonreír.

Pero estas dos últimas palabras: "Dios mío", que hacía tiempo habían desaparecido de su vocabulario corriente, le golpearon el oído al asociarlas inconscientemente con su estado agónico. "Dios mío", repitió para sus adentros. Vió entonces cómo la idea de Dios se objetivizaba en su imaginación: una columna de agua de colores subía recta por encima de él, como un arco iris. El se quedaba extasiado contemplándola. De pronto la columna cromática se abría majestuosa en forma de paraguas y descargaba una lluvia de limo y piedras sobre su cabeza. Quedaba herido, empapado en sangre y en lodo, y sin embargo, a pesar del dolor y el desconcierto, sonreía entre dientes. Dios le había dado vida y fuerzas para trabajar; le había dado además una buena madre y una novia que amaba con todo el corazón. Y, si no hay otra fuerza sobrenatural más grande que el poder de Dios, ¿quién, si no El, lo reducía a la miseria y a la muerte, abandonado como un animal cualquiera en medio de la selva? Rebelde, pero casi inmóvil, dijo desesperante:

—Agua...agua... Tengo mucha sed...

Luego se dió a delirar:

—Agua... Mamá... No, no sufro... Estoy en Dominical... En Puntarenas cargando lanchas... Tengo sed... No, no se vaya, tata... No me muero. No quiero... No me abandone... Estela: este rancho que he hecho es para vos... Agua... tengo sed. Ay! me duele la cabeza... No me deje solo, tataaa...

Así siguió delirando hasta que en la tarde entró en completo reposo y apenas si movía los labios tostados para repetir en medio de su estertor agónico:

—Agua... Agua... Agua...

Y murió, boquiabierto, como pidiendo eternamente agua y con los ojos palúdicos pegados al cielo. Así lo encontró Rogelio Villegas tres horas después de que el sol se había hundido en el horizonte y cuando la luna, blanca y pura, se extendía sobre el abra, silenciosa...

El indio Rogelio Villegas que venía de Palmares con un "macho" cargado de granos para vender en la Uvita, ya se había enterado de la desgracia, pues en la "picada", se había topado con Antonio López quien le suplicó llorando que acudiera a socorrer a su hijo. Villegas no conocía a los López, pero ante el dolor que los embargaba hizo todo lo que estuvo a su alcance para ayudarlos. Por espacio de dos horas sacrificó a su jumento con el "juete" y con su vozarrón que hacía cimbrar la montaña:

—Ey! macho, caminá!!

Pero todo fué en vano. Ni siquiera pudo cerrarle los ojos que seguían mirando lo que ya no era posible mirar; ni su boca que sonreía como una mueca desguindada. Unicamente rezó, sombrero en mano, poseído de un extraño pánico y de una infinita compasión. Después de aligerar al "macho" de la carga, trepó el cadáver sobre sus lomos, boca abajo. Ató los pies uno con otro cerca de los ijares y las manos bajo el cuello. Luego, para sujetar la cabeza, anudó el pelo de la víctima con la crin sudorosa del jumento. En seguida gritó en voz baja:

—Ey, macho, caminá!!

Y el "macho", con el macabro cargamento, entró en la espesura de la selva seguido del indio Villegas.

Algunos pedazos de luna salpicaban el suelo y el ambiente estaba saturado de perfume.

La cabeza del difunto se movía sacudida por el trote del animal. Siempre con los ojos abiertos. Siempre con la boca entornada, sonriendo horriblemente. ¿Qué miraban aquellos ojos vidriosos? ¿Acaso observaban las huellas aún imborradas que se estamparon en el légamo de la "picada" la noche anterior cuando venía con su padre silbando alegre y contento? Y aquella boca desfigurada que se entreabría irónica, ¿de qué reía? ¿No era acaso de verse que él, el Daniel López de veinte años, fuerte y trabajador; el que había tumbado árboles gigantes con el hacha abriendo claros enormes en los bosques; el que había amado con toda el alma a Estela; que había soñado en levantar un rancho en el abra para venirse a vivir con ella; el que tenía una madre que era toda dulzura y terneza; el que era nervio y coraje, juventud y trabajo, iba ahora guindando del jumento como un guiñapo asqueroso? Quizá por eso reía, irónico, entre dientes, muy quedo, para que el indio Villegas no percibiera dolor y para que el "macho" no sintiera vergüenza de vivir.

Entraron por fin en la sabana, la sabana extensa, clara y fresca. La brisa suave y tibia hacía tiritar los inmensos helechales. A lo lejos las ranas golpeaban los yunques de sus herrerías mientras los congos tasajeaban el aire con sus chillidos espantosos. Desde el horizonte, la luna, roja y grande, iluminaba el fúnebre arriero tras el tétrico cargamento, y acostaba sus sombras largamente al través de la llanura, hasta lo ilímite...

Hasta lo infinito...

Versos nuevos

de *Claribel ALEGRÍA.*

(En el *Rep. Amer.* Atención de la autora, en Arlington, Va. U. S. A. 1948).

Me llaman de lo alto las estrellas.
Grito, sufro, deseo...
No puedo alzarme sobre mis múltiples cadenas.

Me siento la más débil de los seres humanos.
Voces desconocidas pueblan la noche inmensa
El viento duro me golpea.

Estoy sedienta de alba.
Con los brazos abiertos mi dolor
golpea contra el muro de la sombra.

*

Debo partir, amado.
En mi esquife de luz me internaré en la sombra.
He tocado en mis sueños inmensas lejanías.
Mi corazón se afana.

Me llevo tu recuerdo.
Podré verte en el oro de las tardes de otoño
en los grandes navíos que vienen de la aurora,
en las riberas hondas del silencio.

Espera mi retorno.
Voy a volver a ti en la danza del mar.
Con tu estandarte de gritos y de lágrimas,
me golpeas el alma.

*

Espérame, Silencio...
No me puedes dejar.
Espérame en la puerta de la sombra
donde aprendí a quererte.

¿Recuerdas nuestro encuentro?
Yo buscaba mi canto.
Como un árbol de oro vi que crecía en ti.

No me dejes, Silencio.
Nada me ata a la tierra.
Quiero ver mundos nuevos,
y escalar contigo las estrellas.

*

Mi alegría será breve
como la flor del cerezo.
Quizá esta noche se escape
sobre las alas del viento.

Ya la he sentido llorar
cuando asoman los luceros,
y yo la oprimo, la oprimo
contra mi cuerpo pequeño.

Paso las noches en vela,
sé que no es mía y la quiero.
Me recuerda un mar brillante...
playas azules de sueño.

Quizá esta noche se escape,
de puntillas, con el viento.
No estaré sola en el mundo,
me espera siempre el silencio.

*

Mi sombra es siempre triste,
no sonríe jamás.
Cuando yo salto alegre por los campos
ella me mira seria.

Es ella la que busca la esencia de las cosas
y la convierte en canto.
Es ella la que sufre y que perdona.

Me persigue su voz en el silencio
y yo me escapo a veces.
No la quiero escuchar.

Sombra, mi sombra triste,
perdona mi alegría.

*

Como una flor extraña vi aparecer mi llanto.
Se abrieron uno a uno sus pétalos de luz.
El viento, un viento triste
la acarició en su danza.

Ya no es mío mi llanto.
Subió con las estrellas y desde allá nos mira.
El alma salió a verlo y se perdió en la sombra.
Ya no es mía mi alma.

Mi corazón no es mío.
Es de la noche y tuyo.
No tengo nada, nadie...
Mi soledad me basta.

*

A veces me parece que estoy muerta
y mi cuerpo es mi tumba.
Camino indiferente por el mundo,
ignorándolo todo.

De pronto escucho un canto.
Es la voz del silencio que me llama
y corro a él para encontrarme.
Allí está mi alma desnuda.
Tiemblo por dentro, tiemblo.
El dolor y el gozo me sacuden.

Sé que vivo otra vez.

Cuando regreso al mundo
todas las cosas me hablan

*

Son altas las columnas de mi sueño,
van hacia el canto con los pies descalzos.
Del fondo de mí misma se levantan
y suben por el aire en espirales.

A veces las sorprendo entre las nubes,
en la tarde dorada, en las estrellas...
En todo lo que es bello se detienen
y suben por el aire iluminadas.

¡Qué finas las columnas de mi sueño!
Casi se me confunden con la niebla.
No las puedo ver más... Angustia, sombra...
¡Qué miedo de que caigan y se quiebren!

No, no pueden caer, van hacia el canto,
hacia el canto que es suyo y la espera.
Del fondo de mí misma se levantan
y suben por el viento en espirales.

En la muerte del Maestro don Eduardo Zamora

(En el *Rep. Amer.*)

Un sonoro "Buenos días",
escuché yo una vez
del Maestro que en la puerta
de su casa, de pie me dirigía,
alargándome su mano
y derramando sobre mí
un torrente de ternura y de confianza.
en el preciso momento
en que al Liceo yo llegaba
por primera vez.

*

Ese día fuí feliz;
el uniforme holgado
y la corbata mal puesta
daban a mi porte
una rectitud muy orgullosa;
las palabras del Maestro
resonaban en mis oídos
y yo me decía:
¡Qué bueno, ya soy importante!

*

A las once nos esperaba,
con la sonrisa en los labios,
los ojos serenos, su palabra recta.
—¿Cómo le fué, joven?
—Muy bien, gracias señores.
¡Tierna ilusión la nuestra!
—Ajajá, hasta luego, muchacho,
—¡Hasta luego, muchacho!

*

Pasaron seis meses, un año,
nuestra veneración por ese anciano
crecía día a día.
En los frecuentes sentones
y en los pocos diecesillos,
su figura recia y sencilla
emergió de nuestra mente,
presentándose cual valla
y deteniendo nuestra tristeza creciente,
o bien cual campo abierto,
cuando era la ocasión de reír.

*

Era difícil verlo solo;
a su alrededor se agrupaban
cual enjambre numeroso
sus hijos, los liceístas,
prestos a absorber del sabio
su consejo, su ciencia,
y a admirarlo,
cuando alumbraba con su luz
la luz del día.

*

A su paso cantó el aire
y susurró el árbol
y las tiernas y graciosas florecillas del camino
alegres se inclinaron.

*

Su alma se fué,
su cuerpo... ya no existe;
el féretro que lo conducía
pasó entre ayes de dolor,
y el árbol gritó,
y el aire, cual fúnebre cortejo
rodeó su tumba fría,
y las flores se doblaron
y llorando las pobrecillas
musitaron una triste oración a Dios.

*

El cielo resonó al morir don Yayo.
Un concierto divino
recibió al maestro en la Gloria
y los ángeles lo rodearon,
pero él, desasiéndose de ellos,
corrió hacia algunos alumnos
que allí lo esperaban,
y corazón noble,
¡les dió una lección...!

Willy FEINZAIG.
San José, Costa Rica, julio 1948.

UNA TEORÍA SOBRE EL BILLAR LITERARIO

Por *Joaquín GUTIERREZ.*

(En el *Rep. Amer.* Envío del autor, en Santiago de Chile. Julio de 1948).

Entramos a un billar, está lleno de humo, congestionado de público. En la mesa central un hombre tiza el taco, apunta cuidadosamente, pega en el punto preciso y la bola parte como un rayo rebotando graciosa por las bandas. El público aplaude entusiasmado. Sin embargo algo nos llama la atención y nos sorprende que los demás no se hayan dado todavía cuenta del hecho: el hombre juega billar con una sola bola, una linda bola de color verde. Faltan necesariamente las otras dos bolas para formar la trilogía de la carambola, esa santísima trinidad del billar. Más nos sorprende aún si observamos que el jugador goza hasta el éxtasis con su peregrino juego y que el público está borracho de euforia contemplándolo.

Ahora traslademos la metáfora a las letras: ese hombre que juega con una bola verde es un naturalista: su bola se llama el mundo de los objetos y él vive prendido de las leyes de la mecánica. Le adjudica excesiva importancia a la apariencia física de las cosas, se especializa en describir el color de un abedul y la gama de variaciones que sufre con los cambios de la luz, gasta páginas en aclararnos cómo son las venillas que coloran una nariz, etc. En resumen, su mundo es un mundo refractado, con dos planos, carente de una perspectiva en profundidad.

Salimos de allí un poco desolados y entramos en el billar del frente: el epicentro del espectáculo lo es ahora un hombre que juega con una hermosa bola rosada, también huérfana de compañeras. Una hermosa bola rosada que está sola, desamparadamente sola. El hombre la lanza, la sigue con la vista, la ve dibujar barrocos arabescos bajo los efectos del "efecto"... en fin, es otro peregrino jugador encantado con su juego.

Su bola se llama el mundo de los afectos, de las emociones. Vive subido en la copa del árbol de las pasiones, lo remece de vez en cuando y logra que de él se desprendan jugosos frutos. Su arte se llama el romanticismo y cuenta con tanto o mayor público que el anterior: un público si se quiere más frenético aún.

Por fin entramos en un último billar: el mismo humo, los mismos manchones verdes y amarillos a lo Van Gogh, la misma excitación. Aquí el jugador tiene una bola color amarillo y juega sin tener la posibilidad de hacer nunca una carambola. Este hombre ya no vive subido en la copa del árbol sino que ha naufragado entre sus raíces, se mueve en el mundo subconsciente, caldo negro que agita con un palito, como puede hacerse en un pantano, para oler las emanaciones fétidas que surgen. Su arte lo vamos a llamar Joycismo ya que con el monstruo irlandés llega a su máxima expresión. Más aún, antes de James Joyce tan sólo la genial intuición de algunos escritores — digamos Eurípides o Dostoyewsky — pudo barruntar aquel inframundo — pero no es sino en nuestro siglo que ese conocimiento se sistematiza en forma cabal y su dominio llega hasta el extremo de permitir que un hombre juegue con una sola bola amarilla.

Su público, en este caso casi una claque, es más reducido aún, son unos pocos cientos de espectadores, pero, y esto parece el colmo, son aún más excitables que los anteriores. Ya no aplauden sino que braman, gesticulan, alborotan, hacen llameantes apuestas y abandonan todos sus deberes familiares por contemplar aquellas filigranas en ese billar "monobolar".

En el Congreso Internacional de Escritores de 1937, Karl Radek alegó que Joyce había fotografiado un hervidero de gusanos con cámara lenta y a través del lente de un microscopio. Y la verdad que tuvo mucha razón en afirmarlo.

Pues bien, toda esta teoría del billar literario que viene a ser una profesión de fe, la hemos expuesto no con un afán ejemplarizador —¡Alá nos libre de eso!— sino tan sólo acuciados por la lectura de la primera novela de un naturalista chileno que ha merecido elogios a diestra y siniestra. La novela de un escritor de gran pasta, si bien, esta es una opinión personalísima, un escritor que ha escogido un camino errado. Pero, para dejar todo esto más en claro, es fuerza que regresemos a nuestros carneros, o a nuestros billares.

Creemos, lo creemos con toda el alma, que el billar de tres bolas se llama realismo y que los grandes maestros del taco han pertenecido a esta escuela. Nos reforzamos, entre otras cosas, para decirlo, en un agudo artículo de Huxley incluido en un tomo titulado "Música en la Noche", en el cual analiza el realismo y nos cuenta cómo lo practicaron un Homero, o un Shakespeare o un Stendhal o un Tolstoi. Cuenta, por ejemplo, cómo Homero describe a Ulises y sus compañeros huyendo de los polifemos, quienes les han hundido varias barcas con gigantescos peñascazos. En la huída llegan exánimes a otra isla, preparan una comida utilizando *su mejor arte culinario*, la enguyen, se duermen y no es sino cuando despiertan que lloran y se lamentan de la muerte de sus colegas de aventura. Esto es realismo. Un romántico los hubiera hecho llorar antes de comer y antes de dormir y un naturalista los haría comer —gastaría dos páginas describiendo el guiso y el paisaje de la nueva isla— dormir, despertar y... olvidarse de la tragedia para dedicarse a reparar sus barcazas. (Se comprende que estoy distorsionando los ejemplos en beneficio del expresionismo).

El realista juega un billar completo, con tres bolas, y, en consecuencia, hace tres carambolas. Pero, además, y esto es lo más importante, se ubica en una posición privilegiada, por encima del billar, muy por encima, revoloteando como un ángel sobre el salón, en tal forma que su obra domina no sólo el juego, no sólo las reacciones de los espectadores inmediatos, sino también todos los movimientos de la colmena humana allí congregada, y, también, los ruidos que entran desde la calle por las ventanas abiertas, el tráfago callejero y, a través de todo eso los grandes movimientos de los pueblos, todo un reflejo de su tiempo y su espacio y mil otras cuestiones endiabladamente complicadas. Por eso fueron geniales y por eso la humanidad se posterna admirada ante sus obras.

A colación de todo esto recuerdo que Hugo, el romántico Víctor Hugo, declaró que haría entrar a Napoleón tercero de las orejas en la historia, y casi cumple con su promesa. En cambio Stendhal no lo dijo pero lo hizo y no con Napoleón el pequeño sino con el gran Bonaparte. En sus novelas el pueblo francés y otros pueblos de la Europa de su época, se mueven de "las orejas" al arbitrio del todopoderoso Henry Beyle.

Regresemos a América Latina.

En forma prístina un pensador cubano, Marinello, estableció para la historia literaria de nuestros pueblos, tres principales capítulos: primero, aquel en que el escritor describe la naturaleza que lo rodea y le adjudica así el papel de héroe principal; segundo, el artista describe la lucha de ese hombre contra esa naturaleza, una lucha apasionada, todavía despersonalizada, centrado el interés en la pasión de la lucha misma; tercero, la naturaleza retrocede, se conforma con un modesto papel de telón de fondo y surge el hombre realista, el hombre integral, sabiamente enraizado a su época, sujeto a las interacciones con el medio, hombre individual y hombre social, en suma, hombre cabal y completo. No compuesto tan sólo de complejos e introversiones ni ostentando tan sólo tendones y pellejo, sino en toda su pequeña gran magnitud.

Esa primera etapa corresponde al naturalismo, así como la segunda al romanticismo y la tercera al realismo integral. O nuevo-realismo como otros quieren llamarlo.

Pero dicho en otros términos, las tres etapas son, el descubrimiento, el coloniaje y la vida republicana de la plasticina literaria del continente.

Si los anteriores prolegómenos fueran aceptados, resultaría de ello que hacer en estos tiempos naturalismo equivaldría a regresar al período del descubrimiento y quien en tal tarea gastara sus empeños, a conciencia, debería verse acometido por serias dudas acerca de su estabilidad mental. Claro que en la práctica lo que ocurre es que no se tiene una conciencia clara de esta evolución, por lo cual vemos a muchos marchar con gran naturalidad envueltos en una capa colonial o con una armadura medioeval y rechinante.

Y si nadie me cree, que entre en cualquier billar literario y comprobará cómo, en un rincón, extasiado en su tarea, un hombre golpea con gran certeza, en el punto preciso, una linda bola verde que arranca vertiginosa y cabriolea elegante por el cuadrilátero.

JUEGOS FLORALES CENTROAMERICANOS

San José de Costa Rica, julio 24 de 1948.

Señor Profesor don Joaquín García Monge,
Director del *Repertorio Americano*.
Presente.

Distinguido escritor y amigo:

Tengo el honor de acompañarle a la presente el prospecto que contiene las bases de los próximos "Juegos Florales Centroamericanos" que en la fecha gloriosa de nuestra Patria, 15 de Setiembre, y como uno de los puntos principales del programa de la Feria Oficial de Quezaltenango, se celebra en esta heroica y bella ciudad de Los Altos, desde 1918 y que son verdaderas justas del talento y del ingenio, entre los hombres que como usted, han sabido cultivar su espíritu, guiados por un verdadero patriotismo y poner siempre al servicio de nuestras sociedades su exquisita pluma.

Espera la juventud de Centroamérica y especialmente la guatemalteca, poder contar entre los concursantes la ayuda de usted para que ese gran concurso de perfiles culturales ístmicos, adquiera cada día mayor lustre y resonancia en los anales de nuestras inquietudes literarias. Ojalá que unida a su colaboración patriótica y de gran amor a la causa centroamericana, el certamen por celebrarse le merezca los comentarios y divulgaciones que necesitan nuestros pueblos, donde muchas veces se ocultan grandes talentos y valores desconocidos, que deben ser descubiertos y darles las oportunidades necesarias para engrandecer el acervo literario e intelectual que ayude a cimentar más el prestigio de nuestra América.

Fuera de los premios en metálico, existen muchos otros y el de la consagración que inmortaliza y es timbre de gloria eterno para los vencedores, en estos eventos del arte, del verdadero talento y de la cultura; de tal manera, que unido a todo esto, está el hecho de la gran necesidad que existe de cimentar nuestro futuro democrático y económico a base de un mayor acercamiento y conocimiento de nuestros verdaderos valores; no está demás expresar a usted que dada la forma en que se realizan, a base de plicas con pseudónimos que sustituyen a los nombres verdaderos, e integrándose el tribunal calificador por hombres de gran capacidad e independencia, el fallo resulta de lo más justo e imparcial, libre de toda sospecha o duda que pueda empañarlo o empequeñecerlo.

Aprovecho la oportunidad para suscribirme de usted, con muestras de consideración y aprecio, como su atento y seguro servidor,

Francisco VALDES CALDERON.
Ministro de Guatemala.

BASES
de los Juegos Florales Centroamericanos en Quezaltenango. 1948

1º—Los Juegos Florales, se celebrarán anualmente, con motivo de la Feria Departamental "La Independencia".

2º—Son mantenedores de los Juegos Florales, la Honorable Corporación Municipal, la Junta Local de Educación Pública y colaboradores, las personas que sean designadas para el efecto.

3º—La Municipalidad y la Junta Local de Educación, invitarán a los intelectuales y escritores centroamericanos, por medio de la prensa, de la radio y cuantos medios se estimen convenientes, para que concurran a esta justa literaria.

4º—El certamen comprenderá composiciones en verso y en prosa, las que deberán ser inéditas, quedando los autores en libertad de escoger la forma y el tema.

5º—Se establecen tres premios para las obras en verso y menciones honoríficas a las que obtengan accésit.

6º—Se establecen tres premios para las obras en prosa y menciones honoríficas para las demás. Los temas para estos trabajos deben ser en Cuento, Ensayo y Apunte monográfico.

7º—Al poeta que obtenga el primer lugar en los trabajos en verso, se le impondrá la Flor Natural y se le premiará con Q. 100.00. A los poetas que obtengan el 2º y 3er. lugar se les premiará con Q. 50.00 y Q. 25.00 respectivamente.

8º—Al escritor que obtenga el primer lugar en los trabajos en prosa, se le premiará con Q. 100.00 y a los escritores que se les califique en el 2º y 3er. lugar, se les premiará con Q. 50.00 y Q. 25.00 respectivamente.

9º—Los concursantes deberá enviar sus trabajos escritos a máquina y con toda claridad, en dos copias, al Director de la Junta Local de Educación Pública en esta ciudad.

10º—Los poetas y escritores que participen en este torneo adjuntarán a su trabajo, plica cerrada, en la que aparezca su nombre y dirección exacta, debiendo escribir en la parte exterior de la plica, el título de la composición, el lema y el pseudónimo.

11º—Un jurado de reconocida capacidad y honorabilidad, nombrado por la H. C. Municipal y la Junta Local de Educación, calificará las obras presentadas al concurso.

12º—Los Juegos Florales se consideran permanentemente abiertos, desde el 20 de julio, hasta el 20 de agosto de cada año, fecha en que se cerrará la recepción.

13º—La Junta Local de Educación Pública, deberá inaplazablemente entregar al jurado los trabajos recibidos, el 22 de agosto, debiendo dicho jurado dar cuenta de su comisión a la H. Corporación Municipal, el 30 del mismo mes, para proceder así en Junta Plena, a abrir las plicas de los autores premiados y a la incineración de las plicas que contengan los nombres de las obras no premiadas.

14º—Las composiciones no premiadas quedarán archivadas en la Junta Local de Educación, en esta ciudad.

15º—El programa de la fiesta de los Juegos Florales, lo elaborarán la Honorable Corporación Municipal y una comisión que se nombre para el efecto.

16º—El poeta que obtenga la Flor Natural, tendrá derecho de elegir a la Reina de los Juegos Florales, debiendo ser ella una damita nacida y residente en la ciudad de Quezaltenango.

La devoción primaria a la violencia

(De *Diario de Hoy*. San Salvador, 25 de abril de 1948).

Allá por 1942, un poeta y pensador norteamericano, McLeish, lanzó un manifiesto a los intelectuales de América censurándolos por haber contribuído con su silencio al desenlace de violencia de los países totalitarios y señalaba la gravedad de esa falta por cuanto el intelectual es el primero llamado a proclamar la supremacía de la razón, el poder de la palabra, frente a las acometidas de quienes no tienen sino la fuerza material para imponer una doctrina.

El manifiesto de McLeish es a nuestro juicio algo que no ha perdido su actualidad y que antes bien se mantiene como un trabajo de valor durable, como una expresión de valor vigente, sobre todo porque en estos momentos —quizá como una resonancia subconsciente de los momentos de la guerra— los intelectuales de nuestro Continente no se apresuran a combatir por medio de la palabra todas las manifestaciones de la violencia —por igual las de arriba y las de abajo—. Nuestros intelectuales parecen no darse cuenta de que toda forma de tiranía, sea de la izquierda como de la derecha, viene a resultar a la larga en una opresión de la conciencia humana y una merma sensible de las posibilidades para que la cultura continúe su modelación generosa de la sociedad contemporánea.

Y nos atrevemos a hacer la anterior afirmación porque se constata que en los dramas políticos que están ensangrentando a nuestra América en estos momentos, los intelectuales —escritores, maestros, periodistas y hombres de Estado— aparecen participando por todos lados, desde arriba y desde abajo, desde la izquierda y desde la derecha, confundiéndose con aquellos que si bien tienen la animación poderosa de las pasiones —con o sin justicia— se descalifican por el hecho simplísimo de no haber crecido hasta la posesión y el uso de la palabra, que es el único instrumento legítimo para provocar cualquier suerte de transformación social legítima en el mundo.

Esta devoción a la violencia se expresa principalmente en la lucha por el Poder Político. La esperanza de las democracias occidentales, de hacer del voto la manera de decidir los conflictos ideológicos, parece declinar rápidamente. Clave para la paz del mundo sería en realidad que todo se decidiera pacíficamente por medio del sufragio y no por medio de la acometida material. Pero para que un partido político acepte al sufragio sin reserva es menester que tenga fe en la palabra, fe en las fuerzas morales, confianza en el poderío de la justicia que adelanta su recorrido por medio de la persuasión. Para ello se necesita que las diferencias y divergencias ideológicas no lleguen a las fronteras del odio y el fanatismo, porque ya cuando los partidos han llegado a ese punto crítico, la victoria del adversario reviste una modalidad trágica: la pérdida de una elección quiere decir la pérdida de la libertad y la vida, y las gentes —de un modo que se compagina esencialmente con la naturaleza primaria del hombre, de la criatura humana— prefieren pasar sobre los principios, sobre las leyes, sobre todas las cosas, antes que dar las armas al enemigo. Para que ese respeto al sufragio pueda mantenerse, es menester que cada bando contendiente tenga la certeza de que el adversario no hará del Poder un instrumento de persecución y opresión y que el debate por las ideas no haya causado lesiones profundas a la fraternidad.

La libertad para el debate debe tener su límite. Tan ilegítimo es el debate que tiende y deviene gradualmente a la violencia y al odio, como la supresión que de él hace un régimen de tiranía que le tiene miedo a la verdad y que ha caído en el grave error de creer que la sociedad humana puede vivir dentro de moldes inflexibles, conforme postulados prácticos en cuya institución no participen los grupos ciudadanos. El debate con odio no sirve para la verdad, no contribuye a la conquista de la verdad, ni de la justicia, ni del derecho democrático. El debate con odio es la expresión misma de la tiranía mutua, de la mutua violencia. El que odia al debatir está negando sus derechos a la palabra.

Deber de los intelectuales de América es cerrar el paso al odio porque eso sería cerrarle el paso a la violencia. El intelectual con honestidad moral debe resignarse a no alcanzar el Poder político cuando le ha faltado poder de persuasión. El no haber convencido es señal de no haber podido y como intelectual debe rendir pleitesía a quien le haya dominado y sometido con la palabra.

Para ello, como se ve, se necesita mucha devoción a la Patria y a sus instituciones y mucho creer en las fuerzas espirituales, mucho creer en que la verdad se abrirá paso como una iluminación irresistible, sin más instrumento que la palabra, sin otro recurso que la palabra dicha con fe.

N. VIERA ALTAMIRANO.

El Maestro de América
UNA FRASE DE DON JUSTO SIERRA

Por *Luis SANTULLANO*

(En *El Nacional*, México, D. F. 27 de enero de 1948).

Ignoro cómo surgió la iniciativa, felizmente lanzada al Continente por la Universidad de La Habana, para declarar a don Justo Sierra Maestro de América. Estos movimientos espontáneos de la opinión pública, que se condensan en una alta y unánime apreciación general, alcanzan su logro precisamente por esa forma de producirse y porque reflejan y valoran, en el tiempo debido, lo que estaba en la conciencia de los más, aspirando a manifestarse.

Don Justo Sierra había merecido y obtenido ya ser colocado a la par de los grandes hombres de la tierra americana: los Bello, los Sarmiento, los Montalvo, los Hostos, los Mitre, los Martí, los Rodó. Algunos de ellos coinciden con Sierra en la categoría intelectual, expresada mediante la pluma; otros en ser guías de pueblos y por buscar en la educación pública el estímulo mejor y más seguro para elevarlos a un plano superior. Antonio Caso, Alfonso Reyes, Castro Leal, ahora Agustín Yáñez y Samuel Ramos, en sus estudios sobre el Maestro, convienen en señalar esa preocupación entusiasta suya que le llevó, en algún sentido, hasta aventajar a los mejores de aquí y de allá, pues no se satisfizo con predicar la buena doctrina, sino que la llevó a realización afortunada. A estos preclaros líderes de América conviene perfectamente el certero juicio de Alfonso Reyes: "No les distingue la fuerza de la singularidad, sino en cuanto son excelentes. No se recluyen y ensimisman en las irritables fascinaciones de lo individual y lo exclusivo. Antes se fundan en lo general y se confunden en los anhelos de todos". También don Justo Sierra fué en esto ejemplar.

Le ayudaba a ello su espíritu abierto a todo lo humano. Su gran vocación de historiador, sustancialmente manifestada en *Evolución política del pueblo mexicano* y en otros libros más generales, tiene el arranque en la generosidad de su alma patricia y universal. Por esto en el discurso de 1910, cuando inaugura la Universidad Nacional renovada y señala su orientación conveniente, dice estas anchas palabras: "Para que sea no sólo mexicana, sino humana esta labor en que no debemos desperdiciar ni un solo día del siglo en que llegará a realizarse, la Universidad no podrá olvidar, a riesgo de consumir sin renovarlo el aceite de su lámpara, que le será necesario vivir en íntima conexión con el movimiento de la cultura general". Esto lo sabía bien Sierra, porque su mente curiosa se había asomado a los cuatro horizontes; y porque conoció antes que nadie aquí, en su tiempo, a poetas y filósofos de Europa, se sintió movido a la creación de la Escuela de Altos Estudios y concedió a la filosofía y a la investigación científica todo su alcance y estimación para el influjo social que él apetecía: "Nuestra ambición sería —escribe en la ocasión— que en esa Escuela se enseñase a investigar y a pensar, investigando y pensando y que la sustancia de la investigación y el pensamiento no se cristalizasen dentro de las almas, sino que esas ideas constituyesen dinamismos permanentes traducibles en enseñanza y acción; que sólo así los ideales pueden llamarse fuerzas. No quisiéramos ver nunca en ella torres de marfil, ni vida contemplativa, ni arrobamientos en busca del "mediador plástico"; eso puede existir y quizá es bueno que exista en otra parte, no allí, allí no... Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore a una Atenea sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo dentro de sus contornos de mármol blanco". Siempre la misma preocupación de que la obra educativa alcanzase con sus bienes a los más, a todos; de ahí su defensa como diputado de la enseñanza obligatoria, y también su aspiración a que la Universidad no sea una torre desdeñosa, sino un alto faro que ilumine al país y cuya luz llegue hasta la misma escuela primaria. Hace medio siglo don Justo Sierra afirmaba así lo que constituye hoy todavía una aspiración en las naciones más adelantadas: la compenetración fervorosa de los diversos grados docentes en el empeño de elevar espiritualmente a los pueblos y moverlos hacia una vida digna y justa. El profesor de Universidad y el maestro de escuela primaria han de ser los obreros principales y hermanos de este urgente esfuerzo, hombro con hombro, mente con mente, entusiasmo al par del otro en-

tusiasmo. Si don Justo Sierra no quería idólatras, ni iconoclastas, su entusiasmo le llevó a exclamar, con intención aguda y exacta: "¡Oh, si como el misionero fué un maestro de escuela, el maestro de escuela pudiera ser un misionero!"... No podría decir esto tan claramente quien no tuviese una visión perfecta de lo que el pueblo necesita en la obra de su salvación.

Estos méritos y la dedicación entusiasta de lo mejor de una vida a tan nobles empeños han labrado la figura moral representativa de aquella personalidad ilustre para que ahora cuajase la proclamación de don Justo Sierra como el Maestro de América, esto es, como el hombre que acertó a señalar al Continente Nuevo el camino cierto de su perfeccionamiento y progreso. El prócer mexicano había tenido ya en vida una muestra significativa de esta estimación excepcional cuando en el año 1900 fué designado representante de toda la intelectualidad académica hispano-americana en el importante Congreso Pedagógico de Madrid, del que salieron interesantes orientaciones para las reformas escolares que el tiempo pedía. En la misma obra de don Justo Sierra está señalada también su valoración de lo americano universal, que ha podido igualmente servir de base para otorgarle el título con que desde ahora se le distingue. Véanse estas palabras que él dedica a Rubén Darío: "Sois americano por la exuberancia tropical de vuestro temperamento al través del cual sentís lo bello, y sois de todas partes como solemos serlo los americanos, por la facilidad con que repercute en vuestra lira policorde la música de toda la lira humana y la convertís en música vuestra". En cuanto a lo primero, nuestro escritor, que admiraba la grandilocuencia de Castelar y la "flamme" de Víctor Hugo, nos ofrece páginas y páginas de prosa recamada: "Y trabajosamente surcaban aquel mar humano, tan tormentoso como el Indico, centenares de mulas cargadas de telas y tapices riquísimos, y en pos de ellas los enviados del rey, caballeros en sendos corceles africanos, cubiertos de perlas y pedrerías y apoyados en estribos de oro; venían luego un caballo de Ormuz, una pantera de Persia y un elefante, que se arrodilló ante el Papa..." En cuanto a lo segundo, a la universalidad del americano, don Justo Sierra la había alcanzado como pocos, precisamente por ser él generosamente humano, según prueban con abundancia su vida y su obra. Este su rico caudal universal y humano acaso procedía de un íntimo hontanar religioso, de un auténtica y honda emoción cristiana y fraterna (no de la superficial beatería gazmoña), que le llevó un día, sin rendimiento del fuerte espíritu laico y libre, a inclinarse respetuoso en Lourdes, a pesar de su indiferencia para todo culto externo: "Aquella bonita figura, larguilla y simplecilla, no me hizo ningún efecto; allí no debía haber nada más que el recuerdo flotante de la visión de Bernadette y el manantial que de allí surgió". Y sin embargo, don Justo tiene en aquel momento sereno el gesto de hacer lo que los demás, y escribe a su hija esta frase magnífica: "Ya conoces mi modo de ser: allí donde el pueblo besa por fe o por amor, allí beso yo". En este movimiento limpio y en estas palabras cálidas el mexicano insigne nos ha dejado una alta lección que meditar en nuestros días de agrias pugnas sociales, como noble conducta que sabe doblar la avisada flexibilidad sin doblegarse, y como adhesión comprensiva al pueblo, que únicamente podrá ser salvado por quienes lleguen a participar, sin egoísmos ni reservas, en sus anhelos y esperanzas. Sólo por esa frase trascendente y feliz y por lo que ella dice de quien nos la legó en la sencillez de una carta familiar, don Justo Sierra merece el título otorgado de Maestro de América. Y de Europa también.

Pues . . . si son los mismos "ruices"

(En el *Rep. Amer.*)

Aquel viejo, matrero y barbudo, tenía su chispa.

Y me refiero a Ñor Zarate, amigo de gran corazón y palabra como lezna.

Una tarde, platicando a la vuelta del Mercado, me contaba que "eran tan pocos los mercadores que casi no puede vender la leñilla y eso... regalada".

Entramos a la filosofía y se trataba de la llegada del nuevo *mestro* que lleno de innovaciones, iba a convertir la escuela, pobre y desvencijada escuelita, en un Centro, decía él, de cultura general.

Me decía Ñor Zarate:

—Poco creo en esos milagros, pues... ¿sabe usted que aún no ha existido un hombre sin ombligo?

Lo miré sorprendido.

—Sí, amigo, todos los hombres tenemos ombligo.

—Bueno, Ñor Zarate, ¿a qué viene eso?

—Ah, mi amigo; eso quiere decir que no hay hombre que esté separado del pasado "por su ombligo" y al futuro por su tumba. Nacemos "pegados al ayer" y vamos hacia un mañana. Los que, como el mestro, quieren hacer en el aire... pronto se vienen abajo como aquel que quiso construir un palacio... principiando por el techo.

Lo que pasa es que a veces se le trepan a uno las ideas como se encaraman los chiquillos en las escaleras y al menor descuido... abajo.

Al final todos resultamos, como dicen esos barbeños originales y maliciosos: Pues... si son de los mismos "ruices".

Y de los mismos "ruices" somos aunque al serlo... se esfumen nuestros anhelos de ser primogénitos del Espíritu Santo... Amén.

Juan J. CARAZO.

Costa Rica, julio de 1948.

Noticia de libros

(*Viene de la pág. siguiente*)

("Dotada de un espíritu ampliamente humanista, la pedagogía de Jonas Cohn acentúa el valor de la persona tanto individual como socialmente, dentro de la concepción idealista y democrática de la educación").

En la Biblioteca del Maestro:

E. Claparede: *La Escuela y la Psicología*. Traducción del francés de María Luisa Navarro y Juan Comas. Con un estudio preliminar de Lorenzo Luzurriaga.

(Una valiosa obra de consulta para el educador que, saliéndose de la rutina, quiere realizar su labor conforme a las normas y resultados le la moderna psicología pedagógica).

En la Biblioteca del Pensamiento Vivo:

El Pensamiento vivo de Rodó. Presentado por Emilio Oribe.

En las Monografías de Arte. Serie americana. I:

Luis Cardoza y Aragón: *José Clemente Orozco*.

("Las dos grandes corrientes universales del arte en nuestros días están encabezadas por Pablo Picassó, que resume en sí la Escuela de París, y por José Clemente Orozco, el más representativo del arte en México").

En la serie *Las dos grandes novelas de nuestra época*:

Jules Romains: *Los hombres de buena voluntad*. II. *El crimen de Quinette*. Traducción de Irene Polo.

("la actuación de Quinette y su extraño crimen *gratuito*...")

En las *Biografías históricas y novelescas*:

Torquemada. Por Thomas Hope. Traducción directa del inglés por Luis Echávarri.

(El valor capital de este libro reside en exponer por vez primera la vida, la psicología y la atmósfera de figura tan poco conocida como la del inquisidor Torquemada).

*

Como envío de la Jewish Agency For Palestine, en New York, N. Y.:

The People speak on Palestine. American public opinion on the United States and United Nations. American Christian Palestine Committee, New York 17, N. Y.

REPERTORIO AMERICANO

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

NOTICIA DE LIBROS

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Nos llegan, como envío del Dr. Juan Marín, en la Embajada de Chile en El Salvador:

Viento negro. Novela, 1944. Editorial Nascimento. Santiago de Chile.

(Es la novela de la zona del carbón en Chile).

El Tibet misterioso y sus lamas. Editorial Nascimento.

Santiago de Chile. 1944.

(Es un resumen de las exploraciones efectuadas por los hombres blancos hasta hoy).

Con cuidado leeremos ambos libros.

*

Como una atención de doña Doris Stone, en esta ciudad:

Salarrué: *Cuentos de barro.* Grabados de José Mejía Vides. Editorial Nascimento. Santiago de Chile. 1943.

Amanda Labarca H.: *Bases para una política educacional.* Editorial Losada. Buenos Aires. 1944.

(...la visión panorámica de los problemas sociales americanos, en los que el educacional está contenido).

Pedro Prado: *Alsino.* Novela. Cuarta edición. Editorial Nascimento. Santiago de Chile. 1944.

*

Como envío de la Biblioteca de la Universidad de Santo Domingo, Rep. Dominicana:

Julio Ortega Frier: *Lugar del aprendizaje activo en la Universidad.*

("Siempre estuve convencido, en efecto, de que lo que importaba en la enseñanza de las artes liberales, era, sobre todo, el adiestramiento personal del estudiante en la técnica del oficio, adiestramiento que no podía resultar sino de su actividad propia en el aprendizaje de la técnica").

La Bula in Apostolatus Culmine del Papa Paulo III, en virtud de la cual fué erigida y fundada la Universidad de Santo Domingo, primada de América.

Andrés Avelino: *El problema de la fundamentación del problema del cambio y la identidad.* (El supuesto del pre-onto).

("..presenta ahora a la consideración filosófica la sorpresa de una nueva intuición: el supuesto falso del pre-onto, como único posible fundamento de toda concepción lógica de cambio y de evolución, y da con ello al espiritualismo un nuevo recurso para combatir el devenir de Heráclito, Hegel y Bergson").

Los Números 1 a 4 de los *Anales,* Año VII, 1943. Es publicación trimestral dirigida por el Rector y el Secretario General de la Universidad de Santo Domingo, con la colaboración del personal docente de la misma.

Los Números VI a X (marzo a julio de 1944) de *La Poesía Sorprendida.*

(Poesía con el hombre universal).

*

Como envío del Instituto Panamericano de Bibliografía y Documentación (Apartado 8626. México, D. F.):

Dr. Augusto Pi Suñer: *La unidad funcional.* En dos tomos.

I. La Fisiología Interorgánica y II. La Fisiología de la Unidad. En las Monografías Médicas *Balmis.* Compañía General Editora. México, D. F. 1944.

*

Como envío de la Biblioteca Nacional, Caracas, Venezuela, Servicio de Canjes:

A. Arellano Moreno: *Doctrina y Legislación sobre Seguros Mercantiles.* 1943. Editorial Cecilio Acosta. Caracas.

(Premiada por la Universidad Central de Venezuela).

*

La poderosa agencia de cultura en nuestra América, que es la Editorial LOSADA (Alsina 1131). Buenos Aires. Rep. Argentina), se anuncia con estos envíos:

En la *Biblioteca Contemporánea:*

Vol. 28.—Pablo Neruda: *20 poemas de amor y La canción desesperada.*

49.—Ricardo Güiraldes: *Don Segundo Sombra.*

124.—Francisco Romero: *Filosofía de la persona.*

127.—*El Kálevala.* La epopeya nacional de Finlandia. Versión Castellana de Alejandro Casona.

128.—Ramón Gómez de la Serna: *La Quinta de Palmira,* novela que trasunta el fondo romántico de Portugal.

129.—Ricardo Güiraldes. *Xamaica,* relato novelesco de un viaje a Jamaica.

130.—Juan Ramón Jiménez: *Estío* (A punta de espina) (1915).

135.—Benito Pérez Galdós: *Realidad,* una de las novelas más perfectas y apasionantes de Galdós.

136.—Luigi Pirandello: *Cada cual a su juego. La vida que te di.* Traducción y prólogo de José María Monner Sanz.

137.—Paco Aguilar: *A orillas de la Música,* una serie de crónicas y diálogos y siluetas donde aparecen las principales figuras musicales de hoy, trazadas con gran vivacidad y relieve.

(Atención del autor).

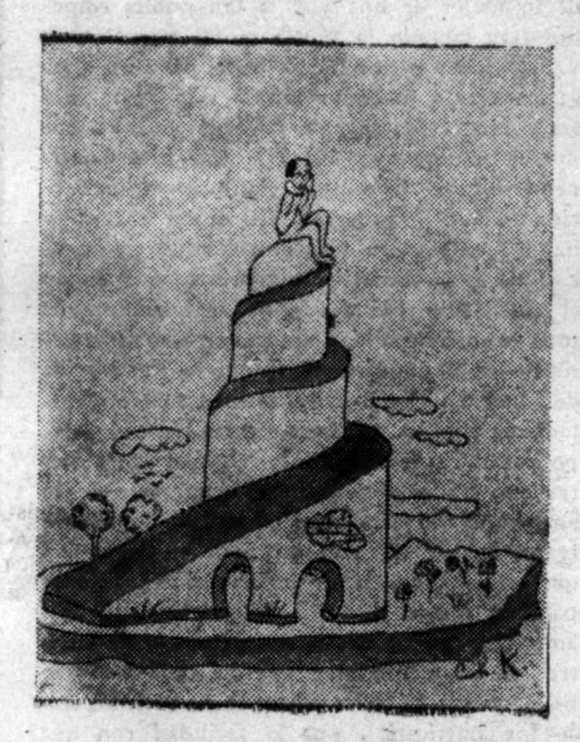
138 y 139.—Benito Pérez Galdós: *La desheredada,* "novela de carácter y observación".

En las Cien Obras Maestras de la Literatura y el Pensamiento Universal:

El tomo III de los *Ensayos* de Montaigne.

En la serie *Cristal del Tiempo:*

El inquilino de la Torre de Babel



"...Nosotros vamos hacia un Estado nuevo, donde el régimen capitalista de explotación no es posible y estamos convencidos de que con eso vamos a la supresión del comunismo..."

Renglones de uno de los tantos discursos del Gral. Perón; hablan mucho el Gral. y Sra.; su dictadura es ruidosa y locuaz.

(P.S.—El galimatías es típicamente nazi-fascista).

Francisco Ayala: *Razón del Mundo.* Un examen de conciencia intelectual.

¿Cuál es la responsabilidad de los intelectuales en la crisis actual?

¿Que misión les incumbe en el porvenir inmediato?

En la Biblioteca *Teoría e Historia de las Ciencias:*

S. M. Neuschlosz: *La Medicina como ciencia y como actividad social.*

(..."a quien le parecía conveniente que se aclarasen a médicos y estudiantes los fundamentos científicos y pragmáticos de su profesión").

El *legado* de Henri Poincaré *al siglo* XIX. Introducción y selección del Dr. Desiderio Papp.

("La ciencia es la obra del espíritu, es la más elevada, la más noble manifestación del espíritu en acción").

Eric Temple Bell: *La Reina de las Ciencias.* Traducción del Dr. Ulises Bergara.

("Las Matemáticas es la reina de las ciencias y la aritmética es la reina de las matemáticas").

En la Biblioteca Pedagógica:

Jonas Cohn: *Pedagogía fundamental.* Traducción del alemán de F. Carmona Nenclares.

(Concluye a la vuelta)